El arquitecto de la culpa



David Sancho

EL ARQUITECTO DE LA CULPA

David Sancho

Copyright © 2026 David Sancho

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el escaneo, el tratamiento informático, la distribución mediante alquiler o préstamo público, así como cualquier forma de comunicación o difusión pública, ya sea en formato físico, digital o electrónico, conforme a lo dispuesto en la legislación vigente.

A todos los lectores que han dedicado su tiempo a sumergirse en estas páginas: gracias. Cada lectura, cada emoción compartida y cada instante vivido junto a esta historia le da sentido a todo el camino recorrido.

Quiero dedicar un agradecimiento especial a Ariadna, por estar conmigo durante todo el proceso, en los momentos fáciles y en los más difíciles, acompañando cada paso de esta aventura.

También a Rocío López, cuya visión, sensibilidad y dedicación han permitido elevar esta historia mucho más allá de lo que imaginé en un principio.

Y, como siempre, por encima de todo, a mi mujer, Meritxell. A ti te dedico cada paso, cada palabra y cada sueño que me atrevo a perseguir.

EL ARQUITECTO DE LA CULPA

CAPÍTULO 1

El peaje

Una vez más. Allí estaba, intentando evitar lo inevitable.

El sabor a óxido y polvo de ladrillo me empantanaba la garganta, denso como el barro. Me obligaba a tragar una saliva espesa y cobriza para no toser. Cada vez que tragaba, sentía unas cuchillas invisibles rasgándome la laringe.

Me agazapé en el rincón más oscuro del pasillo del segundo piso, encogido entre la pared y la barandilla de madera, fundido con las sombras. Apreté el mango de madera del martillo con unas manos que apenas reconocía como mías.

Estaban grises, cubiertas de una costra reseca de suciedad y sangre coagulada. Me faltaban las uñas de los dedos índice y anular de la mano izquierda; jirones de carne viva y ennegrecida asomaban bajo los vendajes improvisados que me había apretado horas antes. Las yemas me palpitaban con una cadencia febril, al mismo ritmo que un corazón desbocado que amenazaba con reventarme las costillas desde dentro.

Abajo, en la inmensidad vacía del salón, el viejo reloj de cuco emitió su característico chasquido mecánico. Dos pisos más abajo, el sonido de la madera y los engranajes me taladró los oídos. Estaban hipersensibles, doloridos por culpa de la presión a la que habían estado sometidos, zumbando con un pitido constante que me mareaba, como si mis tímpanos estuvieran a punto de sangrar de nuevo.

Eran las 23:42.

Cerré los ojos, apoyando la nuca contra la pared fría. Faltaban tres minutos. Tres malditos minutos para que ella cruzara la puerta

de entrada, dejara las llaves en la consola del vestíbulo y el monstruo la atacara. Tres minutos para que la vida que habíamos construido se hiciera añicos al pie de esa escalera.

Me ajusté el pasamontañas sucio que me cubría el rostro. La lana áspera me arañaba la piel magullada de las mejillas, pero necesitaba llevarlo puesto. Si las cosas salían mal, si me veía antes de tiempo, no podía permitir que reconociera el horror en el que me había convertido.

Debajo del grueso abrigo oscuro, mi pierna derecha latía con una punzada ardiente. El músculo estaba rígido, casi inútil, hinchado tras la caída en aquel infierno. Me había arrastrado por el túnel como una alimaña, despellejándome las rodillas y aplastándome los pulmones contra la piedra viva. Pero el dolor ya no importaba. Había trascendido el límite del sufrimiento humano hacía mucho tiempo. Había pagado el peaje en carne, en cordura y en sangre pura para ganarme el derecho a estar en esta noche exacta.

Afuera, la tormenta arreciaba. El viento azotaba las ramas de los pinos contra los cristales del piso de arriba, camuflando mi respiración errática.

Y entonces, por encima del estruendo del aguacero, lo escuché.

El crujido rítmico de la grava del camino de entrada bajo unos neumáticos pesados. El motor de su coche. Vi los haces de luz blanca de los faros barriendo la pared del vestíbulo a través del ventanal, proyectando sombras alargadas y fantasmagóricas sobre la madera del suelo que ambos habíamos pulido meses atrás.

El motor se apagó. El golpe metálico de la puerta del coche al cerrarse sonó como un disparo en la noche. Pasos rápidos, chapoteando en los charcos hacia el porche.

Contuve la respiración. Me tragué el silbido ronco de mis pulmones destrozados, apretando los dientes hasta que creí que el esmalte iba a estallar. Agarré el martillo con ambas manos y me obligué a ponerme en cuclillas, apoyando el peso en mi pierna buena.

«Sube, hijo de puta», pensé. Mi mente escupía las palabras hacia la oscuridad de la casa, dirigiéndome al asesino que debía estar ya escondido en alguna parte, agazapado igual que yo, esperando su

momento. «Ven a por ella. Muéstrate. Esta vez te estaré esperando para reventarte el cráneo».

El tintineo de sus llaves metálicas rozó la cerradura de la puerta principal. Un giro. Dos giros. El pestillo cedió.

La pesada puerta de roble se abrió con un quejido sordo, dejando entrar una ráfaga de viento helado y el rumor constante de la lluvia. Escuché su respiración agitada. Escuché el leve golpe de su bolso cayendo sobre la consola del pasillo y el clic del interruptor de la luz de la entrada, que no encendió porque la tormenta había hecho saltar los plomos, igual que aquella primera vez.

El silencio volvió a adueñarse de la casa, un silencio tan espeso que casi podía masticarlo. Abajo, ella estaba quieta en la oscuridad del vestíbulo. Y arriba, yo esperaba, paralizado y listo para matar.

CAPÍTULO 2

La luz a través de las ramas

Seis meses antes, mi única preocupación en la vida era que el blanco roto de las paredes del salón no terminara de combinar con los marcos de madera de las ventanas.

El olor a pintura plástica y a café recién hecho inundaba la planta baja. Hacía sol. Un sol denso y perezoso de domingo que entraba a raudales por los ventanales sin cortinas, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire.

—Te has manchado la nariz —dijo Vera, apareciendo por el umbral de la cocina con dos cervezas frías en las manos.

Llevaba un viejo peto vaquero salpicado de pintura blanca. Su pelo, negro como tinta derramada, estaba recogido en un moño desordenado que me volvía absolutamente loco. Ella nunca lo entendió, pero verla así, tan natural, era una de las cosas que más me gustaban. A mis ojos, era perfecta. Tenía una brocha asomando por el bolsillo trasero y sonreía. Joder, cómo sonreía. Era como si la vieja casa, con todas sus grietas y sus suelos quejumbrosos, respirara mejor cuando Vera estaba en la habitación.

—Tú tienes pintura hasta en las pestañas, lista —le contesté, dejando el rodillo en la cubeta para acercarme a ella.

Me tendió una de las botellas, fría y cubierta de condensación, y brindamos chocando el cristal. Vera se apoyó contra el marco de la ventana, mirando hacia la inmensidad del jardín trasero que lindaba con el bosque. Su mirada se detuvo en el gigantesco roble centenario que dominaba la parcela. Era un árbol inmenso, de tronco retorcido y corteza oscura, con una rama particularmente

gruesa y horizontal que se extendía paralela al suelo, a unos tres metros de altura.

—Sigo pensando que deberíamos podar esa rama baja —dije, dándole un trago a la cerveza—. Cualquier día de tormenta cederá y nos destrozará el tejado del porche.

Vera negó con la cabeza, dándome un codazo suave en las costillas.

—Ni se te ocurra tocar a mi gigante. Esa rama es perfecta. Es fuerte. Fíjate bien, Mateo... cuando terminemos la casa y tengamos críos correteando por aquí, de ahí colgaremos un columpio de neumático. Aguantaría el peso de un camión sin inmutarse.

Miré la rama. Gruesa, sólida, inquebrantable. Suspiré, rindiéndome a su lógica como hacía siempre.

—Está bien. El columpio se queda, mi amor.

Vera se echó a reír, un sonido limpio que ahuyentó cualquier atisbo de preocupación en mi mente. Terminamos la cerveza en silencio, apoyados el uno contra el otro. Luego, ella dejó la botella en el alféizar y se frotó las manos en el peto.

—Venga, obrero, se acabó el descanso. Antes de seguir con la segunda capa del salón, quiero que bajes conmigo al sótano. Hay una mancha de humedad cerca de la caldera que no me gusta nada. No quiero que nos pudra la madera desde abajo.

Asentí y la seguí hacia la puerta del pasillo. Bajamos los escalones de cemento. El sótano siempre estaba diez grados por debajo de la temperatura del resto de la casa. Era un espacio amplio, lúgubre, dominado por el esqueleto de la caldera vieja y cajas de la mudanza apiladas.

Vera encendió la linterna de su móvil y caminó hacia el fondo, sorteando un par de tablones sueltos. Iluminó la pared del fondo. A diferencia del resto de los cimientos, que eran de hormigón sólido, esa sección estaba levantada con un muro de ladrillos oscuros y desiguales, unidos con una argamasa barata, como si alguien hubiera tenido mucha prisa por tapiar algo hacía un siglo.

Vera frunció el ceño y acercó la mano libre a una grieta irregular entre dos ladrillos.

—Mateo, toca esto.

Me acerqué y puse la mano desnuda a un par de centímetros de la piedra, justo donde ella señalaba. Un escalofrío me recorrió la nuca de inmediato. De la grieta nacía un soplo de aire gélido, fino como la hoja de un bisturí, que provenía de la oscuridad al otro lado del muro. Olía a tierra húmeda, a hierro viejo y a algo denso, cerrado... un olor a vacío que me revolvió el estómago durante una fracción de segundo.

—Debe ser un antiguo conducto de ventilación o la boca de la carbonera —dije, apartando la mano instintivamente y frotándome los brazos para quitarme el frío repentino—. En los planos del ayuntamiento no sale nada. Supongo que los antiguos dueños lo tapiaron por las corrientes. Lo tiraremos abajo el mes que viene, cuando vengan los albañiles.

—Más te vale —murmuró ella, frotándose los brazos también y dándose la vuelta para alejarse del muro—. Esta casa ya tiene suficientes rincones a oscuras. No quiero fantasmas de inquilinos victorianos espiándome mientras bajo a poner una lavadora.

Me reí, agarrándola por la cintura para empujarla suavemente hacia las escaleras, alejándola de aquella corriente helada.

Esa noche, cuando por fin terminamos de limpiar las brochas, subimos agotados a nuestra habitación. Me quedé un rato despierto, escuchando la respiración acompasada de Vera a mi lado, sintiendo el calor de su cuerpo bajo el edredón. Miré el techo, repasando mentalmente todo lo que habíamos conseguido. Teníamos nuestro hogar, lejos del ruido de la ciudad. La tenía a ella.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi vida era invulnerable. Era nuestro refugio. Nuestro castillo. Nada malo podría cruzar jamás esa puerta.

CAPÍTULO 3

Llamada perdida

El reloj en la esquina inferior de la pantalla de mi ordenador parpadeó, cambiando a las 23:45.

Fuera de los cristales de la oficina, la ciudad estaba siendo engullida por una de las peores tormentas del año. El agua golpeaba las ventanas con una furia sorda, distorsionando las luces de las farolas en manchas borrosas.

Me froté los ojos, ardientes y resecos. Llevaba cinco noches sin dormir más de tres horas. La fusión de nuestra firma con la sede alemana se firmaba a primera hora de la mañana siguiente, y el peso de la auditoría final había recaído casi en su totalidad sobre mis hombros. Había estado tan absorto en las hojas de cálculo y en cuadrar los últimos balances que el mundo exterior había dejado de existir. Había silenciado el móvil y lo había tirado al fondo de la mochila para evitar cualquier distracción.

Tecleé la última cifra. Revisé el documento por tercera vez y pulsé *Enviar*.

Me dejé caer contra el respaldo de la silla, exhalando un suspiro largo y tembloroso que me vació los pulmones. Por fin. Había terminado.

Alcancé la mochila, rebusqué a ciegas en el fondo y saqué el móvil. La pantalla se iluminó en mi mano, mostrando una única notificación en el centro.

Una llamada perdida de Vera. A las 23:42.

Sonreí a medias, sintiendo un leve pinchazo de culpa. Pensé que probablemente me llamaba para echarme la bronca por las horas, o para decirme que no me esperaría despierta, que me había dejado

un trozo de lasaña tapado con film transparente dentro del microondas.

Recogí mis cosas, apagué el ordenador y caminé por los pasillos vacíos de la oficina hacia el ascensor. Mientras bajaba al garaje subterráneo, le devolví la llamada.

El tono dio señal tres veces. Al cuarto, saltó el buzón de voz.

Salí del ascensor y caminé hacia mi coche. Volví a marcar, esta vez conectando el teléfono al Bluetooth del salpicadero antes de arrancar el motor. El sonido rítmico de la llamada rebotó en los altavoces del vehículo.

Tono... Tono... Tono... Buzón de voz.

«Estará dormida», me dije, poniendo el coche en marcha. «O se habrá metido en la ducha».

Salí a la calle y la violencia del aguacero me golpeó de inmediato. La carretera hacia las afueras se había convertido en un río de asfalto negro. Los limpiaparabrisas a máxima velocidad apenas daban abasto para apartar el agua. A medida que dejaba atrás las luces de la ciudad y me adentraba en los tramos más oscuros rodeados de bosque, una punzada de inquietud comenzó a anidar en la boca de mi estómago.

Vera tenía el sueño ligero, y siempre dejaba el móvil en la mesilla. Con una tormenta como esta, era raro que no escuchara el teléfono.

Aceleré, saltándome el límite de velocidad en las curvas cerradas. La inquietud se transformó lentamente en una urgencia irracional, un picor frío en la nuca. Conducía aferrado al volante, convenciéndome a mí mismo de que todo estaba bien, de que llegaría, me quitaría los zapatos empapados y me metería en la cama con ella para escuchar la lluvia desde la seguridad de nuestras sábanas.

Cuando los neumáticos de mi coche derraparon sobre la grava del camino de entrada, solté el aire retenido. Su coche estaba aparcado en su sitio habitual, bajo la lluvia.

Frené, apagué el motor y salí corriendo hacia el porche, cubriéndome la cabeza con la chaqueta. La casa estaba completamente a oscuras. La tormenta debía haber tirado los plomos de la urbanización.

Llegué a la puerta principal. Agarré el pomo y tiré, pero no cedió. Metí la llave y le di dos giros. El pestillo se abrió con un clic limpio y familiar. No había nada raro.

—¡Vera, ya estoy aquí! —grité, empujando la pesada puerta de roble.

El eco de mi voz rebotó contra las paredes del vestíbulo y murió en el silencio. Encendí la linterna de mi móvil y barrí el pasillo con el haz de luz blanca. Todo estaba en su sitio. Su bolso descansaba sobre la consola de la entrada, junto a sus llaves.

—¿Vera? Amor, soy yo.

Me adentré en la casa, sintiendo cómo el frío del interior se me calaba en los huesos. El silencio era tan denso que me oprimía el pecho y me zumbaban los oídos. Moví la linterna hacia el salón, hacia la cocina, y finalmente, hacia la escalera que subía al segundo piso.

El haz de luz tembló y se detuvo.

El móvil resbaló de mis dedos, golpeando el suelo de madera con un sonido seco, pero la linterna siguió enfocando hacia arriba.

No hubo grito. No pude emitir ningún sonido. Mis cuerdas vocales se paralizaron por completo ante la aberración que mis ojos estaban procesando.

Vera estaba tirada en el último escalón, encajada de forma extraña contra la esquina inferior de la barandilla. Parecía una muñeca de trapo a la que un niño furioso le hubiera cortado los hilos. Lo primero que vi fue su pelo negro, esparcido sobre la madera en un charco oscuro y viscoso que aún se deslizaba lentamente por el desnivel del suelo. Pero su rostro... su rostro me miraba fijamente, a pesar de que su pecho y sus hombros estaban boca abajo.

El ángulo de su cuello era una imposibilidad grotesca. Su cabeza estaba girada casi ciento ochenta grados, con la barbilla apoyada contra su propia escápula en una postura antinatural que desafiaba a la biología.

Me dejé caer de rodillas. El impacto contra la madera me arrancó un gemido gutural, el primer sonido de la locura abriéndose paso en mi mente. Me arrastré hacia ella, ciego por el pánico.

—No, no, no, mi amor... no...

Alcancé su rostro. Su piel aún estaba caliente. Suspiré un llanto ahogado, incapaz de respirar, y metí mis manos temblorosas bajo su nuca, en un instinto estúpido y desesperado por levantarla, por acunarla contra mi pecho y decirle que todo iba a salir bien.

El horror me paralizó al instante.

Al intentar alzarla, su cabeza no ofreció ninguna resistencia. Colgó, pesada y flácida, balanceándose con una soltura nauseabunda entre mis manos. Bajo la suave piel de su cuello sentí el roce áspero y macabro de las vértebras cervicales astilladas; huesos rotos y sueltos que crujían, frotándose entre sí como las cuentas de un collar reventado bajo la carne.

Un grito desgarrador, animal, brotó del fondo de mis entrañas, arañándome la garganta mientras me manchaba las mangas de la camisa con su sangre. Su mirada, fija en la oscuridad del techo, ya estaba velada por una neblina lechosa y vacía.

Me abracé a su cuerpo roto en la más absoluta oscuridad de nuestra casa, meciéndola mientras aullaba su nombre.

Fue entonces, a lo lejos, por encima del rugido incesante de la lluvia, cuando comencé a escuchar el llanto intermitente de las sirenas acercándose.

Llegaban tarde. Todo había llegado tarde.

La había perdido.

CAPÍTULO 4

Testigos mudos

Los destellos azules de las patrullas giraban en silencio, proyectando sombras alargadas que barrían las paredes del salón a un ritmo hipnótico.

Estaba sentado en el sofá, envuelto en una manta térmica de aluminio que crujía con cada uno de mis temblores. Me habían dado un vaso con agua, pero mis manos, aún manchadas con la sangre seca de Vera, temblaban tanto que la mitad del líquido se había derramado sobre mis rodillas. No sentía frío. No sentía calor. No sentía nada, solo el peso de aquella imagen grabada en mis retinas.

Cada vez que parpadeaba, volvía a verla.

El flash de las cámaras de los forenses, disparándose una y otra vez en el vestíbulo, actuaba como un interruptor macabro en mi cerebro. Un fogonazo blanco y ahí estaba su cuello, doblado en ese ángulo imposible. Otro destello iluminaba en mi mente la textura rasposa de las vértebras cervicales sueltas, moviéndose bajo la piel caliente como cristales rotos en un saco de tela. Un resplandor más y veía su mirada lechosa, vacía, apuntando al techo de nuestra casa mientras su pecho tocaba el suelo.

Presioné la base de mis manos contra los ojos con fuerza, intentando arrancarme la imagen del cerebro, pero era inútil. El sonido de los huesos rozándose entre sí se repetía en mis tímpanos en un bucle infinito.

El ruido áspero de una cremallera cerrándose de golpe me devolvió a la realidad.

Levanté la vista justo a tiempo para ver cómo dos técnicos del servicio de emergencias levantaban una pesada bolsa negra y la

colocaban sobre una camilla. Me llevé una mano a la boca para ahogar un sollozo ahogado, un sonido patético que me rasgó la garganta.

Un hombre de mediana edad, vestido con un chubasquero oscuro empapado y con el ceño fruncido, se paró frente a mí. Se identificó como el inspector Vargas. Su voz era grave, profesional, carente de cualquier atisbo de emoción real.

—Señor... Cortés. Sé que es el peor momento posible, pero el juez de guardia ya ha autorizado el levantamiento y necesito hacerle unas preguntas para cerrar el atestado.

Asentí despacio, sin atreverme a mirarlo a los ojos. Miraba sus zapatos, manchados de barro del jardín.

—Usted llegó a la casa pasada la medianoche. Dice que encontró la puerta cerrada.

—Metí la llave —mi voz sonó como si viniera de debajo del agua —. Di dos giros. El pestillo se abrió. Nadie... nadie había roto la madera.

Vargas anotó algo en una pequeña libreta.

—¿No le extrañó encontrar la casa a oscuras?

—Pensé que habían saltado los plomos por la tormenta. Tenía una llamada perdida suya en el móvil... de las 23:42. Pensé que me llamaba para decirme que se iba a dormir. Yo... yo estaba trabajando. Tenía que cerrar un trimestre. —Se me quebró la voz. La culpa se enroscó en mi estómago como una serpiente helada—. Si hubiera mirado el maldito teléfono...

Vargas dejó de escribir y me miró con una expresión indescifrable.

—Su mujer no le llamaba para darle las buenas noches, Mateo. A las 23:43, la centralita de emergencias recibió una llamada desde el teléfono de Vera. Por eso vinimos nosotros.

Alcé la cabeza de golpe. El corazón me dio un vuelco tan violento que me dolió el pecho.

—¿Emergencias? ¿Habló con ellos? ¿Qué dijo? ¡Dígame qué dijo!

El inspector sacó su teléfono móvil, buscó un archivo de audio que le acababan de pasar de la central y lo puso sobre la mesa de centro, frente a mí.

—La operadora intentó calmarla, pero el nivel de pánico de su mujer era... extremo. Escúchelo usted mismo.

Vargas le dio al play. Un zumbido agudo llenó el silencio del salón, seguido por el sonido crepitante de la lluvia y, finalmente, la voz de mi mujer. Era un susurro apenas audible, quebrado, ahogado por el terror absoluto.

—Emergencias, ¿cuál es su urgencia?

—Por favor... —La voz de Vera me perforó el alma—. Por favor, vengan rápido. Hay alguien en mi casa.

—Señora, ¿está usted en un lugar seguro? ¿Han forzado la puerta?

—No lo sé... acabo de llegar y se ha ido la luz. Estoy en el vestíbulo. Hay alguien en el piso de arriba, en el pasillo.

—¿Ha visto al intruso?

— He visto una sombra... Lleva algo oscuro, tiene la cara tapada. Dios mío.

—Señora, escúcheme con atención. No intente enfrentarse a él. Salga de la casa ahora mismo y espere en su vehículo. Enviamos una patrulla de inmediato.

—Vale... dense prisa, por favor. Creo que se está moviendo.

Un clic seco cortó la comunicación. Vera había colgado. Fin del audio.

Vargas guardó el teléfono en el bolsillo de su chubasquero. Yo me arranqué la manta térmica de encima y me puse en pie de un salto. La sangre me hervía de rabia y de desesperación.

—¡Ahí lo tiene! —le grité al inspector, con la voz rota—. ¡Había alguien en mi casa! ¡Alguien enorme la estaba acechando desde arriba! ¡Cierren la maldita urbanización, busquen sus huellas!

Vargas ni siquiera parpadeó. Me hizo un gesto pausado con las manos para que me calmara.

—Mateo, siéntese. Escúcheme bien. Hemos revisado el perímetro entero bajo la lluvia. Hemos examinado las cerraduras de la puerta principal, de la trasera y todos los ventanales de la planta baja.

—¡Tuvo que entrar por algún lado!

—Nadie ha entrado en esta casa —sentenció el inspector, endureciendo el tono—. Las puertas estaban cerradas por dentro.

Los cristales están intactos. No hay huellas de barro en el jardín que no sean las de los neumáticos de sus dos coches. Adentro, en el suelo de madera, no hay marcas de agua, ni rastro de forcejeo. Nada.

Me dejé caer en el sofá, agarrándome la cabeza. La incomprensión amenazaba con volverme loco.

—Pero el audio... ella lo vio.

—Sugestión, Mateo. Y pánico. —Vargas suspiró con aire cansado —. Es una casa aislada, rodeada de bosque. Estaba cayendo la tormenta del siglo y se fue la luz de golpe. Su mujer estaba sola y a oscuras. Escucharía una rama rozar el tejado, o las contracciones de la madera vieja de la segunda planta por el cambio de temperatura. Se asustó, creyó ver una sombra arriba y nos llamó.

—No, no, ella no se inventaría algo así.

—No se lo inventó, lo sintió como real. Pero el miedo es ciego —continuó el inspector con lógica aplastante—. Le dijimos que saliera de la casa. Colgó el teléfono. En la más absoluta oscuridad, presa de un ataque de pánico, debió intentar correr hacia la puerta principal o se desorientó en el pasillo. Tropezó en los escalones y la mala caída hizo el resto. Fue un accidente. Trágico, horrible, pero un accidente.

En ese momento, un técnico forense bajó por las escaleras, sosteniendo un pequeño maletín. Miró a Vargas y negó con la cabeza.

—Inspector, arriba está todo limpio. No hay cajones revueltos ni pisadas ajenas.

—¿Nada inusual? —preguntó Vargas.

—Solo un poco de polvo fino, como ceniza o polvo de ladrillo gris cerca de la barandilla. Eso es todo.

Vargas paseó la mirada por la estancia antes de decir nada, deteniéndose en los cubos de pintura, las herramientas desperdigadas y el polvo depositado sobre el suelo y los zócalos.

—Veo cubos de pintura y herramientas por todo… —murmuró, más para sí que para mí. Luego alzó la vista, encajando las piezas—. Están ustedes de reformas, ¿verdad? —preguntó el inspector, señalando mis pantalones de oficina y luego el pasillo.

—Sí... sobre todo en el sótano. Íbamos a tirar un muro falso el mes que viene.

—Ahí lo tiene —suspiró Vargas, dándose por vencido—. Han subido polvo de mampostería en los zapatos al subir y bajar estos días. Misterio resuelto.

Se giró hacia la puerta. Los técnicos del servicio de emergencias ya habían sacado el cuerpo de Vera al porche, bajo la lluvia.

—Lo siento mucho, de verdad. Enviaremos el informe preliminar al forense, pero el caso se cerrará rápido. Intente descansar. Llame a algún familiar para que no pase la noche solo.

La puerta principal se cerró a sus espaldas con un clic definitivo. Los motores de los coches de policía rugieron y, lentamente, las luces azules desaparecieron camino abajo, perdiéndose en la oscuridad del bosque.

Me quedé completamente solo.

La casa estaba sepulcralmente silenciosa. Caminé como un autómata hacia la escalera. En el último escalón, la sangre de Vera había oscurecido la madera. Me arrodillé frente a ella y apoyé la frente contra el suelo frío.

La policía la había dado por loca. Habían reducido su terror a una simple paranoia. Pero yo conocía a mi mujer. Ella no se asustaba de las sombras.

«Lo encontraré», le susurré a la mancha de sangre, con los dientes apretados y las retinas abrasadas por la imagen de su cuello roto. «No sé cómo entró, ni adónde fue, pero te juro que encontraré a ese hijo de puta».

CAPÍTULO 5

La arquitectura de la culpa

Durante los días siguientes a la muerte de Vera, no permití que nada me distrajera. Necesitaba mi mente afilada como un bisturí, capaz de diseccionar cada recuerdo, cada sombra de su ausencia.

Caminaba por la casa en silencio, revisando una y otra vez todo lo que habíamos compartido, repasando recuerdos y gestos que antes pasaban desapercibidos. Cada objeto parecía gritarme su ausencia, y yo no podía permitirme olvidar nada. Mi vida se había reducido a esto: observar, recordar y contener el dolor que me quemaba por dentro.

Dejé mi trabajo en la firma de auditores —un simple correo electrónico de tres líneas redactado de madrugada— y convertí el salón de nuestra casa en una sala de operaciones.

Colgué en las paredes del salón mapas de la urbanización y del bosque que rodeaba la casa, intentando que todo encajara en mi cabeza. Pasé horas revisando informes del tiempo de esa noche, apuntando cosas en hojas arrugadas, y repasando registros de coches que había podido conseguir. Tenía planos de la casa y de los alrededores, garabateados y doblados en un cuaderno, pero no importaba cuánto mirara, seguía sin entender cómo había pasado. Acorralé a los operarios de mantenimiento del ayuntamiento, interrogué al cartero hasta hacerle sentir incómodo y peiné el bosque cada madrugada, buscando refugios de cazadores o tiendas de campaña abandonadas.

Alguien había estado en mi casa. El audio de emergencias lo demostraba. Si la policía era demasiado perezosa o incompetente

para encontrar la brecha por la que aquel despojo humano había entrado, la encontraría yo.

Hasta que algo parecido a una respuesta me llegó con la llegada de noviembre, arrastrada por el frío.

Llevaba días notando que la casa no lograba calentarse. A pesar de tener los radiadores al máximo, una corriente de aire gélido, constante y antinatural, reptaba por el suelo de madera de la planta baja, congelándome los tobillos. Afuera, una tormenta violenta había vuelto a desatarse, demasiado parecida a la de aquella noche en la que mi vida se rompió en dos.

El viento golpeaba las ventanas y la lluvia azotaba el tejado con una furia casi familiar aquella tarde. Harto de caminar con un abrigo puesto dentro de mi propio salón, seguí el rastro del aire frío.

Me llevó hasta el pasillo. Hasta la puerta del sótano.

No había bajado allí desde aquel domingo feliz, semanas atrás, cuando Vera y yo bebíamos cerveza y planeábamos columpios en el roble. Tragué saliva, agarré el pomo de la puerta y la abrí.

Una bofetada de aire helado, con un penetrante olor a ozono, hierro oxidado y tierra removida, me golpeó el rostro.

Encendí la luz de las escaleras y bajé lentamente. La bombilla parpadeó, zumbando como un insecto moribundo. Al llegar al pie de los escalones, mis ojos se clavaron en el fondo de la estancia, detrás de la vieja caldera.

El corazón me dio un latigazo tan violento que me dejó sin aliento.

El falso muro de mampostería victoriana... ya no estaba. Alguien lo había reventado a golpes.

Me acerqué corriendo, tropezando con las cajas de la mudanza. El suelo de cemento estaba cubierto de escombros, cascotes sueltos y una gruesa capa de polvo gris oscuro. Polvo de ladrillo. Exactamente la misma arenilla gris que el técnico forense había encontrado en el pasillo del segundo piso la noche en que murió mi mujer.

Me arrodillé, pasando los dedos por el polvo y la argamasa quebrada. Los bordes del agujero, de apenas un metro de diámetro, eran irregulares.

«No fuimos nosotros», pensé, sintiendo que un engranaje oxidado empezaba a girar en mi cabeza. «No llegamos a empezar la reforma. La policía se equivocó».

Me asomé al interior de la brecha. Detrás del muro no había cimientos de tierra prensada ni las tuberías del alcantarillado. Había un túnel. Una garganta negra, de paredes de roca viva e irregular, que descendía con una ligera inclinación y se perdía en la oscuridad más absoluta. De sus entrañas soplaba ese viento helado que me congelaba los huesos. Lo acompañaba un zumbido de baja frecuencia que me hacía vibrar los empastes.

Ahí estaba. La entrada. Por ahí se había colado el monstruo en mi casa, burlando todas las cerraduras, y por ahí había escapado después de matarla.

El odio me anestesió el miedo. Sin pensarlo, agarré la linterna más potente que tenía en la caja de herramientas y un martillo grueso de carpintero. Encendí el foco de luz blanca y, sin pensarlo dos veces, metí la cabeza y los hombros por el agujero de la pared.

El frío del túnel me cortó la respiración al instante.

El espacio era asfixiante. A los tres metros de arrastrarme sobre mis codos y rodillas, la roca empezó a estrecharse. Las paredes parecían cerrarse sobre mí, amenazando con aplastarme el pecho. La claustrofobia me arañó la nuca, obligándome a retroceder, pero la imagen de Vera en el último escalón de la escalera me empujó hacia adelante. El asesino había pasado por aquí. Yo también podría.

Avanzar se convirtió en una tortura lenta. La piedra del suelo no era lisa; estaba plagada de aristas afiladas como cuchillos. Mi camisa se rasgó a la altura del hombro derecho. Sentí el escozor agudo de la roca viva abriéndome la piel, raspándome la carne mientras me forzaba a pasar por un recodo imposible. Apoyé las palmas de las manos para impulsarme, y la fricción me desolló la base de los pulgares. Unas gotas de mi propia sangre mancharon la piedra gris, resbalando por mis nudillos. El primer peaje.

Pero había algo más extraño que el dolor físico. A medida que me arrastraba más y más profundo, alejándome de la seguridad de mi sótano, la lógica espacial pareció colapsar.

La presión atmosférica se disparó de forma antinatural. Me invadió los oídos, como si estuviera sumergiéndome a pulmón en el fondo de un océano denso y oscuro. El zumbido constante mutó en un rugido sordo que me hacía vibrar la caja torácica. El aire se volvió pesado, espeso, con un sabor metálico que me quemaba la tráquea al respirar.

«No hay oxígeno», pensé, sintiendo la primera punzada de pánico real nublándome el raciocinio. «Me voy a ahogar aquí dentro».

Intenté retroceder, pero mis codos chocaron contra la piedra. El conducto era demasiado estrecho para darme la vuelta. Estaba atrapado. Solo podía avanzar.

Empujé con las piernas, soltando un gemido de dolor cuando una piedra me rasgó el muslo. El haz de mi linterna, que temblaba en mi mano ensangrentada, cortó la oscuridad varios metros más adelante y me mostró algo que desafiaba toda razón.

A escasos metros, el conducto desembocaba en un espacio más amplio. Una cámara sumida en la negrura absoluta.

Me arrastré hacia la abertura con desesperación, abriendo la boca en busca de aire fresco, pero la presión en mi cabeza se volvió insoportable. Un pinchazo agudo me atravesó el tímpano izquierdo y sentí un hilo cálido de sangre resbalarme por el cuello.

Logré asomar la cabeza y los hombros fuera del conducto. El haz de luz de la linterna barrió un suelo de cemento resquebrajado, paredes circulares con extrañas marcas de humedad y lo que parecía ser una pesada puerta de hierro forjado, sellada por décadas de óxido. Un búnker. Había un maldito búnker bajo los cimientos de mi casa.

Quise gritar, quise impulsarme para salir del todo, pero mis pulmones se negaron a expandirse. El rugido en mis oídos ahogó mis propios pensamientos. La visión se me llenó de un enjambre de puntos negros.

La linterna resbaló de mis dedos desollados, rodando por el suelo de cemento hasta detenerse contra la pared de hierro. Y, un segundo después, la negrura me tragó por completo.

CAPÍTULO 6

Fuera de lugar

Desperté con el sabor a humo de leña, sudor rancio y óxido en la boca.

Lo primero que registré fue el dolor. Un latido ardiente y punzante que me subía por el brazo derecho y se me clavaba en las costillas con cada respiración. Intenté moverme, pero mis músculos estaban agarrotados y pesados.

Abrí los ojos a un techo bajo, formado por gruesas vigas de madera sin desbastar, ennegrecidas por el hollín. Parpadeé, dejando que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Estaba tumbado sobre un jergón relleno de paja y cubierto por una manta de lana áspera que picaba contra mi piel desnuda. El aire olía a tierra húmeda y a grasa animal.

Me llevé las manos al pecho, moviéndolas con torpeza. Estaban envueltas en vendajes burdos, tiras de lino amarillento manchadas con círculos de sangre seca que se volvían marrones en los bordes. Tenía el antebrazo y el torso cruzados por telas similares. Mis nudillos palpitaban debajo de los trapos.

Me incorporé a medias, apoyándome sobre el codo bueno. Un pitido agudísimo me taladraba los tímpanos, constante y enloquecedor.

—Pensé que el diablo ya te había llevado al infierno.

La voz me sobresaltó. Giré la cabeza hacia el rincón iluminado de la estancia.

Frente a una pequeña chimenea de piedra, sentado en un taburete de tres patas, había un hombre. Era ancho de hombros, con el rostro curtido por el sol y cruzado por arrugas profundas

llenas de mugre. Estaba afinando un cuchillo de hoja ancha con una piedra de afilar.

Me fijé en su ropa y el desconcierto me nubló la mente. Llevaba un chaleco de cuero desgastado sobre una camisa de lino crudo que le quedaba holgada, atada al cuello con un cordón. Sus pantalones eran de una tela basta, de color pardo, metidos por dentro de unas botas de piel sin curtir que le llegaban casi a la rodilla. Parecía un extra de una película de época, pero el olor a sudor agrio y a tabaco de liar que desprendía era demasiado real.

—¿Dónde...? —intenté preguntar. Mi propia voz me sonó extraña. Lejana, ahogada, distorsionada por el silbido de mis oídos y lo seca que tenía la garganta—. ¿Dónde estoy?

El hombre dejó de afilar el cuchillo. Me miró con unos ojos oscuros y desconfiados, duros como el pedernal.

—En mi casa. Y deberías dar gracias a Dios de que fuera yo quien te encontrara tirado como un perro rabioso, forastero.

Se levantó, revelando una altura imponente, y se acercó a la cama. No había amabilidad en sus gestos. Solo una suspicacia tensa, casi agresiva.

—Te encontré en la vieja cripta de piedra. El fortín subterráneo al pie de la colina —dijo, señalándome con la punta del cuchillo—. Esa puerta de hierro pesa como un demonio y yo la dejé atrancada por fuera con una viga hace un mes. Sin embargo, te encontré dentro, tirado en el suelo, medio ahogado y sangrando por los oídos. ¿Cómo demonios entraste ahí?

La cabeza me daba vueltas.

—Yo... la puerta... —balbuceé, intentando que mis pensamientos cuadraran.

—No me mientas —escupió el hombre, dando un paso más—. ¿Qué estabas buscando? ¿Acaso escondiste algo de valor en la cripta? ¿Oro? ¿Pertrechos? Nadie sube a estos bosques sin un motivo, y menos con ropas tan raras como las que llevabas.

Me miré las manos ensangrentadas de nuevo. El dolor me dio un latigazo en la cadera al intentar enderezar la espalda.

El hombre siguió el recorrido de mi mirada y soltó una carcajada seca, carente de humor.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco recuerdas cómo te hiciste ese destrozo, forastero? Pareces pasado por una rueda de molino.

—Fue... —Tragué saliva, luchando contra el pitido de mis oídos para escuchar mi propia voz—. Me lo hice cruzando el túnel. El túnel de roca.

El hombre frunció el ceño, apretando la mandíbula. Su expresión pasó de la desconfianza a la burla incrédula en un segundo.

—¿Cruzar? —Se rió, sacudiendo la cabeza—. Estabas tirado a un palmo de la entrada, desmayado. Ese túnel no se puede cruzar, imbécil. La tierra se lo tragó hace siglos. Es demasiado angosto, un laberinto de piedra muerta. Ni una maldita alimaña pasa por ahí, mucho menos un hombre de tu tamaño. Te habrías quedado encajado a la primera vara de distancia.

—Yo venía del otro lado... —insistí, aferrándome a la manta de lana con manos temblorosas.

—¡No hay otro lado! —bramó, golpeando el poste de la cama con el puño cerrado. El impacto me hizo encogerme—. Detrás de esa roca solo está la montaña. Así que deja de decir sandeces y dime qué estabas haciendo en mi territorio.

El aire de la cabaña me asfixiaba. Todo estaba mal. Las ropas del hombre, las herramientas de labranza colgadas de la pared de troncos, la luz de las velas de sebo derritiéndose sobre una mesa de madera tosca. Ningún senderista ni ermitaño moderno vivía así.

Ignorando el dolor abrasador de mis costillas, eché las piernas fuera del jergón. Pisé el suelo de tierra apisonada y sentí el frío subirme por las plantas de los pies.

—¿Adónde te crees que vas? —gruñó el hombre, interponiéndose en mi camino.

—Necesito aire —jadeé, empujándolo a un lado con el hombro bueno.

Me tambaleé hacia la pesada puerta de madera que había en el extremo opuesto de la cabaña. Levanté el tosco pestillo de hierro forjado y empujé. La luz de la mañana me golpeó los ojos como una bofetada blanca, obligándome a cerrarlos.

Me apoyé en el marco de la puerta, respirando hondo el aire helado y puro, libre de contaminación. Cuando mis pupilas se

adaptaron a la luz, abrí los ojos.

El paisaje me dejó sin aliento.

Reconocí la silueta escarpada de las montañas en el horizonte. Era el mismo valle donde yo había comprado mi casa. Las mismas cumbres de roca grisácea coronando el cielo. Pero todo lo demás... había desaparecido.

No estaba la urbanización. No estaba la carretera comarcal de asfalto serpenteando entre los árboles. No había postes de luz eléctrica, ni torres de alta tensión, ni la lejana bruma de contaminación de la ciudad hacia el sur.

Solo había un océano interminable de bosque virgen, denso, salvaje y ancestral, cubriendo el valle como un inmenso manto verde oscuro. A unos cincuenta metros de la cabaña, reconociendo el terreno, supe que allí debería estar mi casa. Pero solo había tierra, maleza, y un joven y fuerte árbol de roble que apenas medía un par de metros de alto.

El hombre salió detrás de mí, pisando fuerte sobre la hierba.

—¿Te has quedado mudo ahora, forastero? —dijo, mirándome de reojo—. Hay un puesto de la Guardia Real a medio día a caballo hacia el valle. Si no me dices quién eres, te ataré a mi mula y dejaré que ellos te saquen las palabras a latigazos.

El corazón me latía tan rápido en la garganta que sentía que me iba a ahogar. Me giré hacia él despacio. El miedo frío y viscoso de la comprensión empezaba a calarme los huesos.

—¿Dónde... dónde estamos? —susurré—. ¿Qué año es este?

El hombre me miró como si yo hubiera perdido el poco juicio que me quedaba. Escupió a un lado, apoyó las manos en su cinturón de cuero y me sostuvo la mirada con una mueca de desprecio.

—Estamos en el año de gracia de 1826, forastero. Y tú estás en mis tierras.

Me agarré al marco de la puerta con tanta fuerza que me reabrí la herida de los pulgares. La sangre fresca volvió a brotar, manchando la madera.

No había cruzado el bosque.

CAPÍTULO 7

El ingeniero flamenco

El simpático que me había salvado la vida se llamaba Abraham.

Era un terrateniente menor, un hombre hosco y de pocas palabras que vivía de la tala y de unas cuantas cabezas de ganado. Tras el shock inicial de comprender que estaba en 1826, el instinto de supervivencia tomó el control. Le conté una verdad a medias: que era un forastero, que unos bandoleros me habían asaltado en los caminos del sur, robándome el caballo y las ropas, y que me había refugiado en la cripta huyendo de ellos.

Abraham me miró con aquella desconfianza pétrea, pero no hizo más preguntas. Me dio una camisa limpia de lino basto, unos pantalones que me quedaban cortos y me permitió dormir en el pajar a cambio de ayudarle con la leña.

Esa misma tarde, mientras cortábamos troncos bajo un cielo despejado y azul, Abraham señaló con la barbilla hacia la colina donde se ocultaba el búnker.

—Tendré que volver a atrancar esa puerta de hierro —gruñó, secándose el sudor de la frente—. Mi abuelo la selló cuando yo era un crío, y maldita la hora en que la encontraste abierta. Ese agujero está maldito.

—¿Maldito? —pregunté, apoyando el hacha en el suelo e intentando que mi voz sonara casual—. Solo parecía un sótano antiguo.

Abraham escupió en la tierra.

—Es una cripta del demonio. Las alimañas del bosque no se acercan a esa ladera, y los mastines de la finca se vuelven locos de atar cada vez que hay tronada cerca de la colina. Aúllan a la puerta

de hierro como si la mismísima muerte estuviera respirando al otro lado. Solo traen mal fario.

Anoté el detalle del ganado en mi mente, catalogándolo como simple folclore rural, y dejé el tema. Mi única obsesión era volver.

A la mañana siguiente, aprovechando que Abraham había bajado al valle a vender queso, corrí hacia la colina. La puerta de hierro del búnker seguía entornada. Entré, encendí un farol de aceite que le había robado a mi anfitrión, y me arrastré por el conducto estrecho de roca por el que había llegado.

Estaba preparado para el dolor, para la presión en los oídos y el murmullo enloquecedor.

Pero no ocurrió nada.

Avancé diez metros. Quince. La roca me raspaba los codos, sí, pero el aire era normal. Frío, húmedo y estancado. No había zumbido. No había presión. Cuando llegué al final del conducto, me topé con un muro de tierra compactada y raíces muertas. Un callejón sin salida.

Me quedé allí, enterrado vivo, sintiendo cómo el pánico me devoraba. El túnel estaba inactivo. Era solo un agujero en la montaña. Estaba atrapado en el siglo XIX.

Pasaron dos semanas. Las heridas de mis manos comenzaron a cicatrizar, convirtiéndose en costras gruesas. Necesitaba respuestas. Si alguien había construido esa puerta de hierro y ese búnker antes de 1826, tenía que haber un registro.

Con la excusa de buscar trabajo, caminé hasta la aldea más cercana —un asentamiento de calles de barro y casas de piedra que, en mi época, era el pintoresco casco histórico de la ciudad—. Llevaba en el bolsillo mi reloj de pulsera, un Omega automático que había sobrevivido al viaje. Fui a la casa del prestamista local, un hombrecillo codicioso al que le brillaron los ojos al ver la precisión mecánica del reloj. Me dio a cambio unas cuantas monedas de plata, suficientes para sobornar a quien hiciera falta.

Me dirigí al archivo notarial y parroquial del pueblo, ubicado en la parte trasera de la iglesia. Me presenté ante el viejo archivero como un erudito de la capital interesado en comprar tierras para

explotaciones mineras. Le deslicé dos monedas de plata sobre la mesa de caoba.

—Busco registros sobre las tierras altas. La colina de los pinos —le dije—. Sé que hay ruinas de una cripta o un fortín de hierro. Necesito saber quién es el dueño de esa obra.

El archivero, tras morder la plata para comprobar su autenticidad, se perdió entre estanterías polvorientas. Regresó unos minutos más tarde con un legajo atado con un cordel de cuero reseco. Tosió al abrirlo.

—No es una cripta, señor. Es una obra de ingeniería. O lo iba a ser —explicó el anciano, pasando páginas de pergamino amarillento —. Los terrenos pertenecían a los Marqueses de Villalta a finales del siglo XVII. En 1682, el marqués contrató a un ingeniero hidráulico flamenco, un tal Hendrik Van Der Berg.

—¿Qué estaba construyendo? —pregunté, acercándome tanto que el archivero retrocedió un poco.

—El documento habla de canalizar aguas subterráneas... pero es extraño. Los planos de este holandés no mencionan agua. Hablan de "regular los humores de la montaña". Construyó una cámara de contención de hierro y cemento en las entrañas de la colina. Pagó una fortuna en materiales traídos desde Flandes.

—¿Y qué pasó con él?

El anciano se encogió de hombros, cerrando el legajo.

—Lo mismo que pasa con los locos que desafían a Dios. Se desvaneció. Los registros notariales dicen que el señor Hendrik entró en su cámara un día de otoño de 1684 y nunca salió. Los albañiles encontraron la obra vacía. El marqués clausuró el proyecto por las habladurías de brujería, y ahí se quedó, pudriéndose en el monte.

Salí del archivo con la cabeza dándome vueltas. Un ingeniero del siglo XVII. Una cámara diseñada para "regular" algo dentro de la montaña. El túnel no era natural; alguien había canalizado la anomalía temporal. Y, lo más aterrador de todo: ese hombre, Hendrik, había desaparecido exactamente igual que yo.

Esa tarde, el cielo sobre el valle adquirió un tono amoratado, feo, casi negro en el horizonte.

El aire se volvió pesado, espeso, cargado de una electricidad estática que me erizaba el vello de los brazos. Al llegar a la finca, encontré a Abraham atando a los mastines a los postes del granero. Los perros tiraban de las cadenas, ladrando enfurecidos hacia la colina del búnker, con los ojos desorbitados y la espuma asomando por las fauces.

«Las alimañas no se acercan... los mastines se vuelven locos cada vez que hay tronada».

La memoria me golpeó como un rayo.

La noche que murió Vera, la peor tormenta del año estaba destrozando la ciudad. Cuando atravesé el muro del sótano e inicié este viaje, caía un aguacero torrencial.

El túnel no estaba roto. Necesitaba energía. Necesitaba la tormenta.

El primer trueno retumbó en el valle, vibrando en la suela de mis botas de cuero.

Sin decirle una palabra a Abraham, agarré un pequeño farol encendido y eché a correr. Subí la colina tropezando con las raíces, con los pulmones ardiéndome por el esfuerzo. El viento empezó a aullar, doblando las copas de los pinos, y las primeras gotas de lluvia, frías como el hielo, me golpearon el rostro.

Llegué a la puerta de hierro justo cuando un relámpago iluminó el cielo oscuro, tiñendo el bosque de un blanco espectral.

Empujé el metal oxidado y me adentré en la oscuridad. Ya no había olor a tierra muerta. El aire del interior estaba cargado de ozono, tan denso que casi podía masticarlo. Un zumbido sordo y rítmico, como el latido de un corazón mecánico gigante, emanaba de la boca del conducto de piedra.

El portal estaba abierto.

No sabía adónde me llevaría, pero sabía que era mi única salida. Me tiré al suelo, ignorando las heridas aún sensibles de mis manos, y me metí de cabeza en la negrura de la roca viva, justo cuando la tormenta estallaba sobre la montaña.

CAPÍTULO 8

El salto imperfecto

El túnel ya no era un conducto de piedra inerte; estaba vivo.

En el instante en que me arrastré hacia su interior, dejando atrás el trueno que sacudía el año 1826, sentí que me adentraba en el esófago de una bestia descomunal. El aire estaba saturado de electricidad estática y ozono. Cada vez que un relámpago iluminaba el cielo en el exterior, las paredes de roca vibraban con un zumbido de baja frecuencia que me castañeteaba los dientes.

Avancé sobre mis codos y rodillas, empujado por la adrenalina. La débil luz del candil temblaba en mi mano. Diez metros. Quince metros. El pasadizo seguía abierto, la tierra blanda del callejón sin salida había desaparecido, tragada por la anomalía de la tormenta.

«Lo he conseguido», pensé, con el corazón bombeando a mil por hora. «Voy a volver».

Pero el tiempo no perdona a los intrusos que viajan a ciegas.

A los veinte metros, la presión atmosférica dentro de la grieta cambió con una violencia brutal. Fue como si un gigante invisible me hubiera puesto las manos sobre el pecho. El aire se volvió denso, pesado como el mercurio.

Mis oídos estallaron. Un pitido ensordecedor, agudo como un taladro, me atravesó el cerebro. Sentí un hilo de líquido cálido brotar de mi nariz y resbalar por mi labio superior.

La linterna parpadeó y murió, fundida por la carga estática. Me quedé en la más absoluta oscuridad.

Intenté respirar, pero el conducto pareció encogerse a mi alrededor. La montaña me estaba aplastando. Un pánico primario, salvaje y ciego, se apoderó de mí. Avancé retorciéndome como un gusano, empujando con las piernas a la desesperada.

De repente, la roca se cerró sobre mi tren inferior.

Mi pierna derecha quedó atrapada entre dos salientes de piedra afilada, encajada a la altura del muslo. Tiré de ella con fuerza, pero la presión era titánica. El túnel me estaba masticando. Sentí que los pulmones me ardían, vacíos de oxígeno. Abrí la boca de par en par, jadeando en la oscuridad, buscando aire.

Lo que inhalé fue una nube de polvo de roca antiguo, fino como cristal molido, mezclado con mi propia hemorragia nasal.

El polvo me cubrió la laringe, la tráquea y los bronquios. Un fuego abrasador me devoró la garganta. Intenté toser, pero el espasmo solo logró que inhalara más cristales de piedra. Mis cuerdas vocales se desgarraron en un gorgoteo agónico. Cada respiración que tomaba se convirtió en un silbido húmedo, ronco y asqueroso. El sonido de un hombre ahogándose en su propia sangre y tierra.

Me estaba asfixiando. Iba a morir enterrado en la falla del tiempo.

Extendí mi mano izquierda hacia adelante, buscando el final de la estrechez en la oscuridad. Mis dedos chocaron contra una pared de roca sólida. Un callejón sin salida temporal. La montaña se negaba a dejarme pasar sin la combinación exacta.

Llevado por el terror animal, empecé a escarbar. Clavé los dedos en la piedra, arañando la roca viva en un intento inútil por abrirme paso. Arañé, raspé y empujé hasta que un dolor punzante y agudo me atravesó la mano.

La uña de mi dedo índice izquierdo se enganchó en una fisura y, con un crujido húmedo, se arrancó de cuajo desde la cutícula.

Grité, o al menos lo intenté, porque de mi garganta solo brotó aquel silbido monstruoso.

Tenía que salir. La pierna seguía atrapada. Con la poca consciencia que me quedaba, apoyé las manos ensangrentadas contra las paredes laterales, cogí impulso y tiré de mi propio cuerpo hacia adelante con una violencia suicida.

La carne de mi muslo derecho cedió antes que la roca.

Escuché el desgarro sordo del músculo frotándose contra la piedra afilada. Un relámpago de dolor me nubló la vista. La tela del pantalón se hizo jirones, la piel se desolló hasta el hueso y mi rodilla se dislocó parcialmente con un chasquido sordo.

Pero me solté.

El movimiento brusco dejó un rastro de sangre derramada. El túnel, incapaz de contenerme por más tiempo, colapsó a mis espaldas y me escupió hacia el vacío.

Caí de bruces contra un suelo de cemento liso y helado.

Me quedé allí, hecho un ovillo, temblando incontrolablemente. Me llevé la mano ilesa a la garganta, tosiendo sangre oscura y polvo gris sobre el suelo. Intenté coger aire, pero mi respiración ya no me pertenecía; cada bocanada se transformaba en un silbido húmedo, ronco y espeluznante.

Me agarré el muslo derecho, gimiendo de dolor. La pierna latía con una punzada ardiente, el músculo desgarrado y la tela del pantalón empapada en sangre. Me faltaba una uña, las manos me ardían y estaba medio sordo por el cambio brutal de presión.

Tardé una eternidad en reunir las fuerzas suficientes para arrastrarme por el suelo, alejándome de la boca del túnel hasta apoyar la espalda contra una pared fría.

La oscuridad no era total. Una luz mortecina, grisácea y filtrada por la lluvia, entraba por un pequeño ventanuco a ras de suelo, cubierto de telarañas. Parpadeé, intentando limpiar el sudor y el polvo de mis pestañas, y miré a mi alrededor.

El lugar olía a carbón, a cal viva y a madera recién cortada. Era un sótano amplio. A pocos metros de mí, se alzaba una caldera de hierro colado, negra e imponente, alimentada por una tolva de carbón.

El corazón me dio un vuelco.

Conocía esa caldera. Seis meses antes de la muerte de Vera, ambos habíamos bajado las escaleras de nuestra nueva casa para revisar una humedad. Aquella vez, la caldera era solo un esqueleto oxidado y obsoleto que planeábamos arrancar. Ahora, sus remaches brillaban, intactos y nuevos.

Alcé la vista hacia el techo. Las vigas de madera gruesa que sostenían la planta superior eran idénticas a las de mi salón, pero la madera aún conservaba el tono claro de la resina reciente. Cerca de la boca del conducto del que acababa de salir, había apilados decenas de ladrillos oscuros, irregulares, junto a capazos de esparto

llenos de argamasa seca y una paleta de albañil con el mango de madera desgastado.

Eran los materiales del falso muro victoriano. El muro que alguien había destrozado en mi presente, dejando el conducto descubierto, y que los dueños originales de la casa estaban a punto de levantar para sellar la anomalía. Estaba en mi propia casa. Bajo el suelo que Vera y yo pisaríamos en el futuro. Pero, a juzgar por un viejo farol de queroseno apagado sobre un banco de carpintero y un almanaque agrícola de gruesas hojas de papel clavado en la madera que marcaba el año 1892, el túnel me había escupido a finales del siglo XIX. Décadas lejos de mi mujer.

Intenté ponerme en pie, pero mi pierna derecha cedió de inmediato, desgarrada por la fricción de la montaña. Caí de rodillas, maldiciendo en la penumbra. Me vi obligado a arrastrar la extremidad inútil tras de mí por el suelo de cemento, jadeando por el esfuerzo. Cada bocanada de aire que lograba meter en mis pulmones llenos de polvo se convertía en un silbido húmedo, ronco y repulsivo.

Me odié profundamente por mi propia debilidad.

Golpeé el suelo con el puño ileso, frustrado hasta las lágrimas. «¿Cómo voy a protegerla si apenas puedo tenerme en pie?», pensé con rabia. Si el gigante encapuchado que asustó a Vera me viera en este estado, me destrozaría sin ningún esfuerzo. El túnel me había convertido en un despojo. Si quería llegar a esa noche y enfrentarme a él, tenía que curarme. Tenía que volver a ser fuerte. No podía permitir que la montaña me venciera.

Me arrastré de vuelta hacia la abertura de roca, buscando refugio, temiendo que el dueño de la casa bajara en cualquier momento. Al acercarme a la piedra desnuda, justo donde la roca de la montaña se encontraba con los cimientos de cemento, noté algo extraño en la pared.

Estaba cubierta de marcas.

Eran decenas, quizá cientos de muescas profundas, talladas en la piedra dura con furia y desesperación. Parecían agrupadas de cinco en cinco. Rayas primitivas. Alrededor de ellas había símbolos incomprensibles grabados a punta de cincel: círculos cruzados por

flechas, números amontonados sin sentido y palabras en un idioma extranjero que mi mente agotada fue incapaz de descifrar.

Pasé mis dedos ensangrentados sobre las ranuras polvorientas. No entendía absolutamente nada. ¿Eran los garabatos de un loco? ¿Alguna advertencia que los constructores de esta época habían intentado tapiar con ese muro de ladrillo falso?

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Alguien más había estado aquí. Alguien se había quedado atrapado en este sótano, arañando la pared de la montaña hasta perder el juicio, igual que yo me había arrancado una uña intentando escapar de la presión.

El rugido de la tormenta en el exterior empezó a amainar, y con él, el rugido eléctrico del túnel se apagó lentamente, como un motor quedándose sin combustible. La abertura de roca volvió a ser un simple agujero frío y muerto.

El portal se había cerrado.

Estaba solo, mutilado, en una época que no era la mía, frente a los jeroglíficos de un demente. Me acurruqué entre los sacos de cemento, abracé mis rodillas temblorosas y, por primera vez desde que abracé a Vera al pie de las escaleras, cerré los ojos y me dejé tragar por la inconsciencia.

CAPÍTULO 9

El peso del aire

Me despertó el frío, o quizá fue el dolor sordo y constante que me subía por la pierna derecha. Abrí los ojos en la penumbra del sótano de 1892. La tormenta en el exterior había dado una tregua, dejando solo el agonizante repiqueteo de la lluvia contra el pequeño ventanuco de cristal sucio.

Intenté moverme, pero un sonido me congeló la sangre.

Alguien estaba bajando por las escaleras de madera que conectaban la planta superior con el sótano.

Me encogí detrás de la pila de ladrillos oscuros, conteniendo la respiración, con el corazón golpeándome las costillas. Los pasos eran lentos, torpes y agónicos. El crujido de la madera revelaba un patrón irregular: un paso firme seguido del arrastre de una extremidad inútil.

Clac... shhh. Clac... shhh.

Y por encima de ese sonido, una respiración. Un silbido ronco, líquido y gutural de alguien que acaba de hacer un esfuerzo sobrehumano.

La luz anaranjada de una vela temblorosa iluminó lentamente la base de la escalera. El hombre que terminó de bajar los escalones no era un señor victoriano. Era una visión sacada de una pesadilla. Iba envuelto en un abrigo de lana raído que le venía inmenso, remendado con retales de telas toscas. Estaba encorvado, apoyando su peso en un bastón improvisado con el mango de un hacha vieja, y apretaba un trozo de pan duro contra su pecho.

Se detuvo frente a la pared de roca, tosió con una violencia que pareció a punto de romperle las costillas y escupió un coágulo de sangre oscura sobre la tierra.

Fue entonces cuando la luz de su vela me iluminó.

El anciano giró la cabeza bruscamente. Sus ojos, nublados por las cataratas pero extrañamente lúcidos, se clavaron en mí. Instintivamente, agarré un trozo de ladrillo suelto para defenderme, apretando los dientes. Él no pareció asustarse. Dejó escapar un suspiro cansado que sonó como el viento colándose por una grieta.

—Bien, parece que habéis pagado el precio… —dijo. Su español era extraño, de sintaxis antigua, gutural y arrastrado.

Se acercó a mí cojeando. Retrocedí arrastrando mi pierna destrozada hasta chocar contra los sacos de cemento.

—No te acerques —grazné, con mi voz convertida en un silbido ridículo—. ¿Quién eres? ¿Qué es este sitio?

El hombre se dejó caer pesadamente sobre una caja de madera vacía, dejando la vela en el suelo. La luz iluminó sus manos. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda, muñones mal curados que me recordaron a la uña que yo me acababa de arrancar en el túnel.

—Sosegad el ánimo. No me restan fuerzas ni para dar muerte a una mísera rata —murmuró, llevándose la manga sucia a la boca para limpiar la sangre de sus labios—. Mi nombre es Hendrik. Hendrik Van Der Berg.

Me quedé paralizado. El ladrillo resbaló de mis manos.

—Eso es imposible —balbuceé, sintiendo que la cordura se me escapaba entre los dedos—. Hendrik Van Der Berg era un ingeniero del siglo diecisiete. Leí los registros en el archivo de la iglesia. Entró aquí y desapareció. Hace más de doscientos años.

Hendrik dejó escapar una risa seca que se convirtió en otra tos agónica.

—El mundo ha girado doscientos años, sí. Mas este que os habla... apenas cuenta tres lustros vagando por el esófago de esta peña. Rebotando una y otra vez en la oscuridad, escupido de siglo en siglo. He estado en épocas que no me pertenecen, mucho más allá de mi tiempo original. —Miró las marcas talladas en la pared con una profunda tristeza—. He visto galeones de hierro que surcan la tierra escupiendo negrura... He visto hombres matarse con rayos caídos del cielo, he presenciado plagas. Y para volver... para ganarme el derecho a un nuevo salto, he tenido que hacer cosas

imperdonables, Mateo. He dejado de ser el hombre que salió de Flandes para convertirme en algo que el cielo ya no reconoce. Pero siempre, de una forma u otra, acabo volviendo a este maldito sótano.

Me froté la cara con las manos temblorosas. Quería gritar, decirle que estaba loco, pero una verdad reveladora atravesó mis entrañas, paralizándome incluso más que mis propias heridas. «¿Cosas imperdonables?», pensé, y el eco de sus palabras me caló como el aire gélido del túnel.

Me pregunté hasta dónde sería capaz de llegar una persona por el deseo desesperado de recuperar su vida, por el hambre de volver a lo que ama. ¿Tendría yo ese mismo veneno en la sangre? ¿Sería capaz de cruzar ese límite, de mancharme las manos con algo que no tuviera retorno con tal de regresar junto a Vera?

Aquella duda me aterró más que la propia montaña: la posibilidad de que, para salvarla, tuviera que dejar de ser el hombre que ella una vez amó.

—Tú hiciste las marcas... —susurré, procesando el horror—. Llevas quince años intentando volver.

—Doce saltos —asintió él, tocándose el pecho hundido y enfermizo—. Doce veces me he internado en esa garganta con el anhelo de tornar a mi solar en Flandes. Y en cada una de ellas, la montaña ha mascado mi naturaleza, dejándome un poco más despojado de mi condición de hombre.

—Pero ¿por qué? La tormenta abre la puerta, yo lo vi. Deberías haber podido...

— La tormenta no es sino la llave, necio —me interrumpió, frunciendo el ceño—. … Pero la llave es ciega. El túnel es un laberinto de presiones. Para saber hacia qué abismo os arroja la fiera, es menester pesar el peso del aire dentro de la piedra.

—¿El peso del aire?

— Así es. Antes de que el rayo hiera la tierra, la presión en sus entrañas cambia —prosiguió Hendrik con voz ronca—. Consumí largos años labrando fustes de vidrio y agua para alcanzar su medida... —Señaló con su mano mutilada un rincón del sótano donde solo quedaban astillas de vidrio y manchas de humedad—.

Mas mi vidrio se quebró hace tres mudanzas. Ya no me es dado forjar otro. No en este destierro.

Miré a mi alrededor. El sótano no era el centro de una casa vibrante, sino un mausoleo de madera y piedra.

—¿Dónde están los dueños? —pregunté, sintiendo el peso del silencio absoluto que venía de las plantas superiores.

—Finados o prófugos —respondió Hendrik con una mueca amarga—. Un hálito de maldición espanta a los del lugar. La pestilencia del cólera azotó esta heredad años ha, y los postreros linajes se corrompieron en sus propios lechos. Los rapiñadores ya dieron cuenta de cuanto de ley aquí brillaba, mas no osan descender a este hondón. Dicen las gentes que el sótano exhala aliento... y no yerran en su juicio.

Me apoyé contra la pared fría, cerrando los ojos. El contraste me golpeó con la fuerza de un mazo. Hace apenas unas semanas (¿o eran siglos?), mi mayor preocupación era el tono de blanco de las paredes del salón, el café recién hecho y la risa de Vera mientras pintábamos su peto vaquero. Ahora, estaba atrapado en un 1892 decadente, herido, oliendo a sangre vieja y polvo, rodeado por las ruinas de la que fue mi casa.

De repente, la imagen volvió: el fogonazo del flash de los forenses, el ángulo imposible del cuello de Vera, el sonido de las vértebras crujiendo como ramas secas. *Crac*. Aquel desalmado seguía allí, en mi futuro, esperando a que ella cruzara la puerta.

—Necesitamos ese medidor —dije, abriendo los ojos con una determinación nueva y feroz.

—Se trata de un ingenio de latón y fino cristal, propio de la náutica inglesa —explicó Hendrik—. Un barómetro que llaman aneroide, pues mide la pesadumbre del aire sin valerse de líquidos. Avisté tal artificio en la botica de la aldea; el boticario es varón dado a atesorar curiosidades y rarezas extranjeras. Si poseyera yo esa esfera, si me fuera dado observar el temblor de su aguja antes de que la tempestad estalle, sabría con certidumbre el instante preciso en que la boca de la roca mira hacia vuestro siglo. Mas reparad en estos mis muñones... y ved vuestra pierna malhadada. No hay remedio, estamos acabados.

Hendrik se dejó caer contra un saco de cemento, con la mirada perdida. Parecía haber aceptado que moriría en ese sótano, siendo un simple eco olvidado.

Me arrastré por el suelo hasta quedar frente al ingeniero. El dolor de mi muslo era un incendio, pero el odio era un combustible más potente.

—Escúchame, Hendrik —grazné, agarrando el brazo del flamenco —. Has pasado quince años rebotando por el tiempo como un despojo. Has perdido dedos, salud y esperanza. ¿De verdad quieres que este agujero sea tu final?

Hendrik no respondió, pero sus pupilas nubladas se fijaron en las mías.

—Ayúdame —insistí—. Enséñame todo lo que sepas sobre esa montaña. Enséñame a leer el aire. Si lo haces, tu vida dejará de ser un error de cálculo. Le darás sentido a todo tu sufrimiento. Ayúdame a volver para matar al hombre que destruyó mi vida, y te juro por los huesos de mi esposa que te sacaré de aquí. El anciano guardó silencio durante un largo minuto. Fuera, la lluvia golpeaba el ventanuco con una cadencia fúnebre. Finalmente, mientras limpiaba sus herramientas con un trapo mugriento, Hendrik soltó un suspiro largo y pesado, y por fin rompió el silencio. —¿Es ese tu objetivo? ¿Matar al asesino de tu esposa?

—Tengo que volver a esa noche exacta, Hendrik —dije, y mi voz, aún herida, sonó como el roce de dos piedras—. No solo para recuperar mi vida. Alguien entró en mi casa y la atacó. La… la empujó por las escaleras.

Me detuve. El nudo en mi garganta era puro hierro. Hendrik dejó de frotar la llave inglesa. Se quedó inmóvil, con la mirada clavada en las llamas del carbón. El silencio se prolongó tanto que empecé a escuchar el latido de mi propio corazón.

—¿Hendrik? —le llamé. Él no me miró. Su mandíbula se tensó y vi cómo sus dedos mutilados apretaban el trapo con una fuerza innecesaria. Se quedó pensativo, con una expresión indescifrable, como si estuviera encajando una pieza de un puzle que le resultaba dolorosamente familiar.

—La montaña es caprichosa en los tributos que exige para otorgar la vida, Mateo. Sabed que estos saltos no solo mudan el siglo; mudan también el alma. Acabaréis siendo un extraño para vuestro propio espejo.

Se levantó bruscamente, dándome la espalda para seguir trazando números en la pared. Me quedé observando su espalda encorvada, su figura ancha y desgastada por los años de saltos temporales. Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío del sótano me recorrió la nuca.

—El boticario reside en la calle mayor, frente a la iglesia —susurró Hendrik—. Si lográis gobernar vuestros pasos antes del próximo bramido de la montaña, os revelaré el modo de sustraerlo. Y al cabo... al cabo pesaremos el hálito de este infierno

Asentí y me dejé caer sobre el cemento frío, abrazando mi pierna herida. El capítulo de mi vida como auditor de cuentas había muerto; ahora empezaba mi aprendizaje como un ladrón del tiempo.

CAPÍTULO 10

El hombre de los números

Los primeros días en el sótano de la casa del cólera fueron un ejercicio de pura supervivencia animal.

Hendrik y yo compartíamos el espacio en un silencio roto solo por nuestros accesos de tos y el goteo constante de la humedad. Mientras él pasaba las horas trazando complejas ecuaciones de presión y temperatura en la pared de roca usando un trozo de carbón, yo libraba mi propia batalla contra la infección.

Mi pierna derecha era un amasijo de carne amoratada y febril. Sabía que si no inmovilizaba el músculo desgarrado, la necrosis me mataría antes de que pudiera volver a ver a Vera.

Subí a duras penas a la primera planta de la casa abandonada. Todo estaba cubierto por sábanas blancas manchadas de polvo, como fantasmas custodiando muebles muertos. Encontré el botiquín del antiguo dueño, una caja de madera de caoba que aún guardaba vendas de lino amarillento, una botella de aguardiente y un frasco de láudano a medio terminar.

Regresé al sótano y me dejé caer sobre los sacos de cemento. El dolor en la rodilla me hizo jadear. Arranqué el respaldo de una silla vieja y separé los listones para improvisar unas tablillas. Bebí un trago largo de aguardiente con unas gotas de láudano. Mordí una tira de cuero hasta sentir la sangre en la boca y, entre gemidos y un hilo de sudor que me corría por la frente, recoloqué la rodilla de un tirón. Estaba al borde del desmayo.

El dolor me vació los pulmones y me dejó la visión en blanco, pero no grité. No tenía voz para hacerlo. Me vendé la pierna con fuerza, apretando la madera contra la carne hasta cortar la

circulación superficial, sabiendo con una certeza fría que nunca volvería a caminar bien. Había soldado la articulación de forma antinatural.

Una semana después, la fiebre bajó. Podía ponerme en pie, aunque cada paso exigía arrastrar el peso muerto de mi lado derecho con un golpe sordo contra el suelo.

—Don Anselmo atiende por nombre el boticario —me dijo Hendrik una tarde, sin apartar la vista de sus cálculos en la pared—. Es varón de extrema suspicacia. La botica posee recias rejas en sus huecos traseros y él tiene su lecho en la planta superior. Si pretendéis forzar el paso con esa vuestra pierna tullida, la Guardia Civil os colgará en la plaza pública antes de que raye el día.

—No voy a forzar nada —le contesté. Mi garganta aún destrozada convertía las palabras en un susurro áspero que me raspaba las cuerdas vocales—. Un hombre cojo no puede huir. Entraré por la puerta principal y haré que me lo enseñe él mismo.

Hendrik dejó el carbón y me miró, escéptico.

Esa misma noche, volví a subir a la casa. Registré los armarios que olían a alcanfor y muerte. Encontré un traje de lana gruesa y oscura, de corte victoriano, que me venía bastante holgado por los kilos que había perdido. Lo sacudí, me puse la camisa de cuello rígido, el chaleco y me cubrí con el pesado abrigo negro para ocultar los bultos de los vendajes de mi torso y mi brazo. Encontré también un sombrero de ala ancha y una bufanda de lana áspera, que me enrollé al cuello para proteger mi laringe del frío húmedo de la montaña.

Me ajusté el ala del sombrero y miré a Hendrik, que me observaba desde su rincón, envuelto en sombras y tosiendo débilmente contra un trapo.

—No levantéis la liebre, muchacho —advirtió el flamenco, con la voz rasposa y cansada—. Ese boticario, Don Anselmo, es varón de vivo entendimiento y no se deja engañar de ligero. Si os presentáis ante él inquiriendo por esferas de vidrio o artificios de la náutica, nacerá en su ánimo un hondo recelo. Y si os aventuráis al hurto sin cautela, os darán alcance mucho antes de que vuestros pasos alcancen la linde del bosque

—No voy a robar a ciegas —le contesté. Mi garganta aún destrozada convertía las palabras en un susurro áspero—. Entraré por la puerta principal y haré que me invite a quedarme en su propia casa. Soy auditor. Conozco el idioma de los comerciantes, sea el siglo que sea.

Hendrik asintió lentamente, frotándose los muñones de la mano izquierda.

—Ganaos su confianza. Haceros de extrema necesidad para él. Yo aguardaré en este hondón, velando por mi triste osamenta —dijo el flamenco, apoyándose pesadamente contra los sacos de cemento—. Me falta el brío para ir en vuestra busca a la aldea, mozo, más habréis de escudriñar el firmamento por vos mismo.

—Lo haré.

— Cuando percibáis que el aire se torna denso, cuando el olor de la lluvia presagie la borrasca y veáis el fragor fraguarse en el valle, tomad ese ingenio y acudid a este lugar sin mayor dilación, con toda la presteza de la que vuestra pierna baldada sea capaz. Si la centella hiere la peña y no os halláis ya en la garganta, se habrá cerrado para entrambos el paso, y podrán transcurrir lunas enteras antes de que los cielos se muestren propicios de nuevo. Hasta que ese punto llegue... haceros sombra, Mateo.

—Lo haré. Aguanta, Hendrik. Te sacaré de aquí.

Al amanecer, salí de la casa del cólera y caminé hacia el pueblo.

El trayecto de tres kilómetros fue una tortura que me obligó a apoyarme en un grueso bastón de roble que tallé con un cuchillo de cocina. Cuando llegué a las primeras calles empedradas, el pueblo ya había despertado. Había carros tirados por mulas, mujeres lavando en la fuente pública y hombres con boinas descargando fardos.

Nadie me prestó demasiada atención. En esta época, un hombre tullido, vestido con ropa oscura y caminando con la cabeza gacha, no era una anomalía; era simplemente un desgraciado más.

La botica estaba en la calle mayor, frente a la imponente fachada de piedra de la iglesia. Una campana de latón tintineó cuando empujé la puerta de cristal esmerilado.

El interior olía a regaliz, a yodo y a hierbas secas. Las paredes estaban forradas de estanterías de madera de nogal repletas de frascos de porcelana blanca con inscripciones en latín. Detrás del mostrador, un hombre de unos sesenta años, con gafas de pinza y un mandil de cuero impecable, pesaba un polvo amarillento en una pequeña balanza de precisión.

—Buenos días le dé Dios. Enseguida le atiendo —dijo sin levantar la vista.

No respondí. Mis ojos barrieron la estancia de forma metódica. No busqué ninguna esfera de latón ni ningún barómetro; preguntar por él o buscarlo con la mirada sería un error de principiante. Mi objetivo era encontrar el punto débil del negocio. Mi billete de entrada.

Y lo vi al fondo de la tienda.

Sobre un escritorio de caoba descansaban tres gruesos libros de contabilidad encuadernados en piel, abiertos de par en par, rodeados de una montaña de facturas, albaranes y pagarés que sobresalían como hojas secas. Un caos financiero absoluto.

El boticario terminó de pesar, vertió el polvo en un papel de estraza y levantó la vista. Me examinó con curiosidad profesional, deteniéndose en mi pierna rígida, en el bastón y en la bufanda oscura que me cubría medio rostro.

—Dígame, forastero. ¿Qué le aflige? Por su respiración, diría que los pulmones. Tengo un jarabe de eucalipto y codeína que...

—No busco medicinas, Don Anselmo —le interrumpí, avanzando un paso cojo hacia el mostrador—. Busco trabajo.

El hombre arqueó una ceja, paseando la mirada por mi abrigo raído y mi aspecto enfermizo.

—Esta es una farmacia, buen hombre. No necesito mozos de carga, y con el debido respeto, dudo que usted pudiera levantar los fardos de quina que llegan de la capital.

—No trabajo con las manos —dije, señalando con la cabeza hacia el escritorio del fondo—. Trabajo con los números. Tiene usted un negocio próspero, pero ese escritorio es un desastre. Veo facturas atrasadas de proveedores, y apuesto a que lleva meses sin cuadrar el balance de beneficios del Libro Mayor.

Don Anselmo se tensó. El orgullo herido brilló en sus ojos tras los cristales de las gafas, pero no me contradijo.

—¿Y qué sabrá un forastero tullido de los libros de mi botica? —replicó a la defensiva.

—Sé que en esta época del año los boticarios hacen acopio de ingredientes de invierno, lo que descapitaliza el negocio a corto plazo. Y sé que si el recaudador de contribuciones del ayuntamiento se presenta aquí la semana que viene y le pide esos libros, le impondrá una multa que le costará la ganancia de todo un semestre.

El silencio cayó en la tienda. Don Anselmo me miró fijamente. Había dado en el clavo.

—¿Quién es usted? —preguntó, bajando el tono de voz.

—Me llamo Mateo. Fui contable de una casa de comercio en el norte. Hubo un... accidente con los caballos de la diligencia hace un mes. Perdí mis ahorros, mi voz y casi mi pierna. Estoy de paso, pero necesito un techo caliente y comida. Déjeme poner en orden esos libros. Le cuadraré hasta el último céntimo de cobre antes de que acabe el mes. Si no lo consigo, me echará a la calle a palos y no habrá perdido nada.

El viejo boticario se rascó la barbilla, dudando. Miró los libros, luego mi pierna, y finalmente suspiró. Era un hombre pragmático, y le acababa de ofrecer una solución caída del cielo a su mayor dolor de cabeza.

—Bien, Mateo. Puedes usar la mesa del rincón. Te daré un plato de guiso al mediodía y podrás dormir en el cuarto de la leña, en el patio de atrás. Pero no toleraré errores en mis cuentas.

—No los habrá —dije.

Caminé lentamente hacia el escritorio. Sabía que el barómetro aneroide que Hendrik me había descrito debía estar escondido en alguna parte de este edificio, quizá en la trastienda o en los aposentos privados del piso de arriba. Ya tendría tiempo de averiguar dónde lo guardaba.

Me senté en la silla de madera, cogí una pluma, la mojé en el tintero y acerqué el primer libro de cuentas.

Don Anselmo era un hombre decente. Me acababa de dar cobijo, comida y confianza cuando yo no era más que un espectro salido de

las calles. Y, sin embargo, mientras repasaba sus números, mi mente solo calculaba cómo y cuándo iba a traicionarle.

No sentí culpa. Esa fue, quizá, la primera advertencia de que algo en mi interior se estaba pudriendo tan rápido como la carne de mi pierna. Todo valía. Todo estaba justificado. Solo importaba Vera.

CAPÍTULO 11

El peso de las manos

No necesité semanas para ganarme a Don Anselmo; me bastaron cuatro días.

Pasé cuatro días sumergiéndome en sus libros de cuentas desde el amanecer hasta el anochecer, ignorando el dolor punzante de mi pierna mal soldada. Ordené sus albaranes, detecté los fraudes de sus proveedores de la capital y le ahorré la temida multa del recaudador. El viejo boticario pasó de la desconfianza a una gratitud casi paternal. Me traía té caliente por las tardes y compartía su guiso conmigo en la trastienda.

Cada gesto de amabilidad suyo era una piedra más en el muro de mi propia miseria moral.

Pero yo no estaba allí para hacer amigos.

La oportunidad llegó la tarde del quinto día. El cielo se había encapotado desde la mañana, cubriendo el pueblo con un manto gris y plomizo. Estábamos solos en la botica. Don Anselmo limpiaba el mostrador con un trapo, inusualmente callado, mirando la lluvia fina que empezaba a empañar los cristales.

—Odio estos días oscuros —murmuró el boticario, casi para sí mismo. Su voz sonaba frágil, despojada de su autoridad habitual—. Me recuerdan que hay cosas en esta vida que ningún hombre puede prever, por mucho que estudie.

Levanté la vista de los libros de contabilidad. Era la primera vez que mostraba debilidad.

—La lluvia siempre avisa antes de llegar, Don Anselmo —dije con cautela.

Él sonrió con amargura y negó con la cabeza.

—La lluvia, sí. Las galernas en la costa gallega, no. —Dejó el trapo sobre la madera y se apoyó en el mostrador, con la mirada perdida en el pasado—. Mi hijo Diego era oficial de la marina mercante. Hace cinco años, su barco se fue a pique frente a Finisterre en una tormenta que nadie vio venir. El mar me lo arrebató en cuestión de minutos.

Sentí una punzada de empatía que reprimí de inmediato.

—Lo siento mucho —dije. Y lo sentía. Sabía exactamente cómo te destrozaba el alma perder a quien amabas de forma repentina.

—Lo único que recuperaron fue su baúl de navegación, flotando entre los restos —continuó Anselmo, con los ojos vidriosos—. Dentro, envuelto en hule, estaba su instrumento de medición. Un barómetro aneroide inglés de latón puro. Una maravilla de la mecánica que, irónicamente, no le sirvió para salvar la vida. Lo tengo guardado en mi despacho, en el piso de arriba. No soporto mirarlo, pero tampoco puedo deshacerme de él. Es lo único que me queda de mi chico.

El corazón me dio un vuelco. Ahí estaba. La confirmación y la ubicación exacta.

—Es curioso —dije, intentando que mi voz sonara casual—. En mi antigua casa de comercio tratábamos con navieras. Siempre me fascinaron esos aparatos. Me encantaría ver cómo un artesano ensambla una pieza así.

El silencio que siguió a mis palabras fue denso. La tristeza en el rostro de Don Anselmo se evaporó, sustituida por el ceño fruncido de la sospecha. Me miró fijamente, evaluando mi abrigo oscuro y mi rostro afilado.

—¿Y por qué un hombre de números, un contable de tierra adentro, tiene tanto interés en un instrumento para predecir borrascas? —preguntó. Su tono se había vuelto afilado, cortante.

Me había pasado de la raya. El instinto de protección de un padre sobre las reliquias de su hijo muerto era un campo de minas. Tragué saliva, sintiendo el sudor frío en la nuca, pero mantuve la mirada impasible de un auditor que defiende un balance.

—Porque los números son mi oficio, Don Anselmo, y un barómetro no es más que un mecanismo que cuantifica lo invisible.

Mide el peso del aire y lo convierte en una cifra en una esfera. Es pura matemática aplicada a la naturaleza. Solo era curiosidad técnica. Disculpe la intromisión.

El boticario me sostuvo la mirada unos segundos más. Finalmente, la tensión de sus hombros se relajó y asintió, aceptando mi mentira.

—Supongo que la mente de un contable no descansa nunca —suspiró—. Quizá te lo enseñe algún día.

No habría "algún día". Esa misma tarde, mis oídos destrozados empezaron a zumbar.

No era un pitido normal; era una presión física empujando mis tímpanos hacia adentro, un leve eco del dolor sordo que sentí en la garganta del túnel. Miré hacia el ventanal. El cielo no estaba gris; se había vuelto de un color morado oscuro, casi negro. Las copas de los árboles de la plaza se agitaban con violencia.

La presión atmosférica estaba cayendo en picado. La gran tormenta estaba a punto de estallar sobre el valle. Hendrik tenía razón: el rayo abría el túnel, pero durante la tormenta, la presión fluctuaría. Necesitaba sentarme en la roca con el barómetro en las manos y esperar el momento exacto en el que la aguja marcara el número que me llevaría de vuelta a mi siglo. Y tenía que ser *ya*.

—Don Anselmo —dije, levantándome apresuradamente e impostando urgencia—. Hay un problema grave.

Él se giró desde la estantería de las tinturas.

—¿Qué ocurre, Mateo?

—El albarán del último cargamento de quinina. Faltan las hojas de aduanas. Si el inspector revisa este libro mañana, nos clausurará el almacén. ¿Dónde están los originales?

El boticario palideció.

—Deberían estar en la oficina de correos, en la otra punta del pueblo. El jefe de postas me dijo que los guardaría en el archivo.

—Tiene que ir a por ellos ahora mismo, antes de que cierre —le apremié, señalando la ventana—. Y antes de que caiga el diluvio y arruine el papel.

Anselmo asintió, nervioso. Se quitó el mandil, agarró su sombrero y salió a toda prisa por la puerta, haciendo tintinear la campana.

En cuanto le perdí de vista, me abalancé hacia la puerta trasera que daba a las escaleras de su vivienda. Subí los escalones de dos en dos, ignorando el fuego que me ardía en el muslo derecho. Entré en su despacho privado. Estaba impecable. Y allí, sobre una vitrina, descansaba la caja de caoba abierta.

El barómetro era una obra de arte. Un cilindro de latón pesado, coronado por una esfera de cristal biselado y números grabados con precisión milimétrica. La aguja negra ya estaba descendiendo visiblemente, marcando la caída de presión de la tormenta inminente.

Lo agarré con mis manos mutiladas. Pesaba, era frío y real. La llave de mi salvación.

Me di la vuelta para salir.

Y me congelé.

Don Anselmo estaba de pie en el umbral del despacho. Estaba salpicado por los primeros goterones de lluvia. Se había dado la vuelta porque había olvidado las llaves del archivo. Sus ojos saltaron de mi rostro a mis manos, y luego a la caja vacía sobre la vitrina.

El silencio fue absoluto. El engaño se hizo añicos en un segundo.

—Tú... —susurró el boticario. La decepción en su rostro se transformó rápidamente en una furia ciega—. Eres una rata. Un ladrón asqueroso. Te di comida y mi techo, ¡y vienes a robar la memoria de mi hijo muerto!

—Don Anselmo, escúcheme... necesito esto. Es cuestión de vida o muerte —supliqué, retrocediendo un paso.

—¡Es la vida de mi chico! —bramó, agarrando un pesado pisapapeles de mármol del escritorio—. ¡Guardias! ¡Al ladrón!

Se abalanzó sobre mí con una agilidad que no me esperaba. El bloque de mármol me golpeó en el hombro izquierdo, arrancándome un gruñido sordo. Caímos los dos al suelo alfombrado. El barómetro resbaló de mis manos, rodando por la madera.

Anselmo estaba encima de mí, gritando, intentando golpearme la cabeza con el mármol. Yo me defendí a ciegas. Un puñetazo mío le alcanzó en el pómulo, pero él no se detuvo. Estaba peleando por el alma de su hijo; yo estaba peleando por la vida de mi mujer.

Me agarró por la bufanda oscura que me cubría el cuello, apretando para asfixiarme. El pánico se apoderó de mí. Si llegaba la Guardia Civil, me pudriría en una celda de 1892. Nunca volvería a ver a Vera. El túnel se cerraría.

Sin pensarlo, solté un rugido animal, dejé caer mi peso sobre él y le di la vuelta. Le inmovilicé contra el suelo usando mi pierna buena y llevé mis dos manos, marcadas por cicatrices y faltas de uñas, a su cuello.

Apreté.

Anselmo soltó el pisapapeles. Sus manos buscaron mis muñecas, arañándome, intentando arrancar mis dedos de su tráquea. Me clavó las uñas en la piel desnuda, pero el dolor solo sirvió para enfurecerme más.

—Lo siento... lo siento... —le susurré, con la voz rota y silbante cayendo sobre su cara, mientras apretaba con una fuerza que no sabía que tenía.

Los ojos del boticario se abrieron de par en par, inyectados en sangre. Su mirada no reflejaba solo terror; reflejaba la condena absoluta hacia mí. Estaba mirando a un monstruo. Sus pataleos se volvieron erráticos, espasmódicos. El sonido cartalaginoso de su tráquea cediendo bajo mis pulgares me produjo náuseas, pero no aflojé el agarre. No podía aflojarlo. Por Vera. Todo por Vera.

El cuerpo de Anselmo tuvo un último estertor y quedó inerte sobre la alfombra.

Me separé de él, cayendo hacia atrás, temblando de forma descontrolada. Me miré las manos. Estaban manchadas de sangre, mugre y ahora, de muerte. Había cruzado el límite. Había asesinado a sangre fría a un hombre inocente que me había dado de comer.

Un trueno ensordecedor sacudió la casa, haciendo temblar los cristales del despacho. La tormenta había llegado.

Me puse en pie a trompicones, ignorando el cadáver a mis pies. Cogí el barómetro del suelo, lo escondí en el bolsillo interior de mi abrigo oscuro y bajé las escaleras cojeando. Salí a la calle bajo el diluvio, fundiéndome con las sombras, convertido, al fin y para siempre, en la bestia despiadada que iba a acechar mi propia casa.

CAPÍTULO 12

La variable ausente

Corrí a través del bosque bajo un diluvio que parecía querer borrar el mundo.

Cada paso que daba con la pierna derecha era una puñalada de fuego que me subía hasta la cadera, pero el pánico era un analgésico más fuerte. El barro me llegaba a los tobillos. Tropecé dos veces con las raíces de los pinos, cayendo de bruces contra la tierra mojada, pero en ambas ocasiones me aseguré de proteger a costa de mi propia integridad el instrumento que apretaba contra mi pecho.

Mis manos, resbaladizas por la lluvia y el barro, aún conservaban la mancha oscura de la sangre seca de Don Anselmo alrededor de las uñas. Había asesinado a un hombre decente. Me había convertido en un verdugo, pero mi mente, fracturada y obsesionada, había encerrado la culpa en un rincón oscuro. Todo era por ella.

Cuando por fin divisé la silueta fantasmal de la casa del cólera entre los árboles, un relámpago iluminó el cielo y el trueno hizo temblar el suelo bajo mis botas.

Bajé las escaleras del sótano a trompicones, casi cayendo por los últimos peldaños de madera podrida.

El ambiente ahí abajo había cambiado por completo. El olor a humedad y polvo había sido sustituido por un intenso hedor a ozono. El aire vibraba, espeso y cargado de estática, erizándome el vello de la nuca. El túnel estaba vivo. De la garganta de roca desnuda emanaba un zumbido sordo y rítmico, como el ronroneo de una maquinaria gigantesca y ancestral.

Hendrik estaba de pie junto a la pared, apoyado en su bastón, iluminado por la luz parpadeante de un farol. Cuando me vio aparecer, empapado, jadeando y cubierto de barro, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Válgame el cielo! —exclamó el flamenco, acercándose a mí con una agilidad que no le había visto hasta entonces—. ¡Apenas doy crédito a mis ojos! ¡Lo habéis logrado! ¡Lo traéis con vos!

Me dejé caer de rodillas sobre el cemento, con los pulmones ardiéndome, y le tendí el barómetro. Hendrik la abrió con manos temblorosas. Sus ojos nublados brillaron al ver la esfera de latón y la aguja negra protegida por el cristal grueso.

—Es perfecto —susurró, casi con devoción. Levantó la vista hacia mí y se fijó en la sangre de mis manos y en mi respiración sibilante, pero no hizo preguntas. Él sabía mejor que nadie lo que la montaña te obligaba a hacer para sobrevivir—. Habéis acudido en la hora precisa, Mateo. ¡Presto, arrimaos al muro! Ignoramos por cuánto tiempo la tempestad mantendrá su mayor furia.

Me incorporé a medias y me arrastré hasta el muro donde él había pasado los últimos días trazando ecuaciones con carbón. La pared estaba cubierta de números, curvas y extraños símbolos.

Hendrik señaló un bloque de cálculos con el dedo mutilado.

— He tomado cuenta del compás de este bramido y de la carga de los vapores. La garganta se halla abierta de parte a parte — explicó, hablando deprisa, con la excitación de un científico a punto de probar la teoría de su vida—. Mas oídme con cuidado, Mateo. No me es dado conduciros al instante preciso en que vuestra esposa perdió la vida.

El corazón me dio un vuelco. Agarré a Hendrik por las solapas de su abrigo raído.

—¡¿Qué?! ¡Me dijiste que con el medidor sabríamos...!

—¡Y lo sabemos! —me interrumpió él, apartando mis manos con firmeza—. Conozco el arte de interpretar la pesadumbre del aire, mozo. Sé de qué suerte este ingenio traslada el peso en tránsito de años. Mas toda proporción exige de dos medidas. Poseo la razón de este lado del umbral, mas ignoro la del otro. ¡Yo no me hallaba bajo el firmamento de vuestro siglo cuando aquella tempestad estalló!

Desconozco cuál era la carga justa de las nubes la noche en que vuestra esposa halló su fin en los peldaños. Sin tal noticia, nada puede mi ciencia alcanzar

La desesperación me golpeó como un mazo. Solté su abrigo y me pasé las manos por la cara, manchándome las mejillas de barro.

—Entonces todo esto no ha servido para nada. He matado a un hombre en vano.

—¡Sosegaos y atended! —Hendrik me zarandeó por el hombro—. Me es dable estimar una razón de aire dilatada. Puedo señalaros el punto que ha de marcar la aguja para que la fiera os arroje en un recodo seguro de los días venideros. Os haré tornar a vuestro siglo, una quincena o acaso una luna tras la noche de vuestro infortunio.

Le miré, y poco a poco, mi mente de auditor, entrenada para resolver problemas lógicos, empezó a encajar las piezas.

—Me envías a mi presente —susurré, sintiendo que el aire volvía a mis pulmones.

—Exacto —asintió Hendrik, dándole un golpecito al cristal del barómetro—. La montaña os arrojará en vuestro sótano, en vuestros propios días. Una vez allí, recobraréis vuestro sitio. Vos sabéis bien cómo hallar los secretos en vuestros legajos. Debéis escrutar las crónicas de aquella aciaga noche; buscad cuál fue el peso justo del hálito del cielo en el instante en que ella expiró. Grabad esa cifra en vuestra cabeza. Y al cabo, aguardad a que el cielo rompa en tempestad; internaos en la piedra con este aparato y no os desprendáis de él hasta que la aguja señale, por fin, vuestro destino.

Era un plan perfecto. Retorcido, doloroso y largo, pero perfecto. Tenía que volver a la casilla de salida para poder hacer el salto final.

Hendrik giró un pequeño tornillo de latón en el lateral del barómetro, ajustando una aguja dorada secundaria sobre un número concreto de la esfera.

—Esta es vuestra marca para volver a casa —dijo, entregándome el pesado instrumento—. Cuando entréis ahí dentro, la aguja negra empezará a moverse de forma errática por la anomalía. Avanzad hasta que la aguja negra se superponga exactamente con la aguja dorada. En ese instante preciso, debéis atravesar el pasadizo.

Agarré el barómetro con fuerza, sintiendo el frío del latón contra mis palmas laceradas. Lo metí en el bolsillo interior de mi abrigo oscuro y lo aseguré.

Me giré hacia Hendrik. El anciano flamenco estaba apoyado contra los sacos de cemento. Respiraba con mucha dificultad y su piel tenía un tono grisáceo, casi translúcido a la luz del farol.

—Ven conmigo —le dije, tendiéndole la mano—. Te ayudaré a pasar. En mi época hay medicinas, hospitales... Podemos curarte los pulmones, Hendrik.

El ingeniero esbozó una sonrisa triste, llena de infinita resignación, y negó con la cabeza.

— Mis días se extinguieron hace centurias, Mateo. Si osara entrar de nuevo en esa garganta, el peso del hálito quebraría mis pulmones antes de haber dado cuatro pasos. Mi vieja armazón de carne no puede ya tolerar otro viaje a través de la piedra. Y a más de esto... —Miró a su alrededor, hacia el sótano polvoriento y oscuro de la casa del cólera—. He hallado mi asiento en este sepulcro. Mi entendimiento no alcanzaría a comprender la extrañeza de vuestro siglo.

Bajé la mano lentamente, sintiendo un nudo en la garganta destrozada. Este hombre, un fantasma de otra era, me había entregado la llave de mi salvación a cambio de nada, sacrificando sus últimos días de cordura.

—No olvidéis esto, muchacho —susurró Hendrik mientras me alargaba el farol de queroseno, tosiendo débilmente—. Os hará menester.

—Gracias, Hendrik. Por todo.

El viejo flamenco alzó la vista hacia mí. Sus pupilas nubladas parecieron perforar mi abrigo oscuro, mis manos manchadas y mi alma corrupta.

—Partid —me ordenó, con una voz que de repente sonó firme, como la del ingeniero jefe que alguna vez fue—. Haced que estas heridas no resulten baldías. Recobrad vuestra vida

Asentí una última vez. Me di la vuelta y caminé cojeando hacia la boca del túnel.

El zumbido me envolvió como un enjambre de abejas invisibles. El olor a ozono era tan denso que casi me ahogaba. Me tiré al suelo de tierra, ignorando el dolor de mi pierna, y me adentré arrastrándome en la más absoluta oscuridad, directo hacia las fauces de la montaña, dejando atrás a Hendrik Van Der Berg y al siglo XIX para siempre.

CAPÍTULO 13

El eco del vacío

El viaje de regreso no fue una lucha contra la roca, sino contra la aguja de latón.

Avanzaba arrastrándome a ciegas, empujando el farol de queroseno con mi mano izquierda y apretando el barómetro contra mi pecho. No me fijé en los cortes que me abría la piedra ni en el polvo que me asfixiaba. Toda mi consciencia estaba clavada en la esfera de cristal iluminada por la luz anaranjada de la llama.

A medida que la presión del túnel aumentaba, amenazando con aplastarme el cráneo, la aguja negra empezó a moverse con tirones violentos, trepando por los números grabados. 1010... 1015... 1020...

Mi respiración silbante rebotaba en las paredes. El aire se volvió tan denso que sentí los globos oculares a punto de estallar. La aguja negra tembló y, con un chasquido metálico casi imperceptible, se superpuso exactamente sobre la pequeña aguja dorada que Hendrik había fijado.

Era el momento. Solté el farol, apoyé las manos ensangrentadas contra la pared de piedra viva sobre mi cabeza y, con un grito sordo que me desgarró la garganta, me arrastré hacia la salida con todas las fuerzas que me quedaban.

Caí de costado, rodando sobre una superficie dura y polvorienta. El farol se hizo añicos a mi lado, sumiéndome en la penumbra, pero ya no estaba en las entrañas de la montaña.

Me quedé boca arriba, jadeando, esperando a que el zumbido de mis oídos desapareciera. Inhalé profundamente. El aire ya no olía a

ozono ni a humedad ancestral. Olía a pintura plástica seca, a disolvente y a polvo asentado.

Me incorporé a duras penas, palpando el suelo de cemento. Mis dedos rozaron una cubeta de plástico duro y el mango de un rodillo incrustado de pintura blanca. Conocía esa cubeta. Era la misma que Vera y yo habíamos usado aquel domingo soleado.

Estaba en mi sótano. Había vuelto a mi siglo.

Guardé el barómetro en el bolsillo del abrigo raído que había robado en 1892, me apoyé en el bastón de madera y subí las escaleras hacia la planta baja. Mi pierna derecha era un bloque de dolor rígido, pero la ignoré. Necesitaba ver mi casa. Necesitaba sentir algo que me recordara a ella, algo que me anclara a la realidad después de la locura de los saltos temporales.

Abrí la puerta del pasillo. La luz mortecina del atardecer se filtraba por las ventanas, revelando un paisaje desolador.

Me quedé petrificado en el umbral.

La casa estaba irreconocible. No había caos, ni muebles manchados de sangre, ni restos de la vida que habíamos compartido. Todo estaba inquietantemente recogido. Aséptico. Los sofás del salón y la gran mesa del comedor estaban cubiertos por inmensas sábanas blancas que colgaban hasta el suelo, como fantasmas silenciosos montando guardia en la penumbra.

Di un paso cojeando hacia el salón. El silencio era tan profundo que me zumbaban los oídos.

Sobre la consola de la entrada, justo donde Vera había dejado sus llaves aquella noche, descansaba un gran jarrón de cristal. En su interior había un ramo de lirios blancos. Estaban completamente marchitos, con los pétalos arrugados y marrones, cubiertos por una fina capa de polvo.

Fruncí el ceño. Los lirios eran las flores de los velatorios. «¿Quién trajo flores aquí? ¿Mi madre? ¿Han dejado la casa intacta como una especie de santuario tras mi desaparición?», pensé, sintiendo un nudo en el estómago.

Caminé hacia la cocina. Estaba vacía. Ni un solo plato en el escurridor. Ni una nota en la nevera.

Impulsado por una necesidad visceral, casi desesperada, subí las escaleras hacia el segundo piso. Intenté evitar mirar el último escalón, donde la sangre de Vera debió haber teñido la madera, pero me di cuenta de que alguien había lijado y barnizado ese tramo exacto. Lo habían borrado.

Llegué a nuestro dormitorio. La cama estaba desnuda, solo quedaba el colchón forrado en plástico. Fui directo al armario y abrí las puertas de par en par, buscando su olor. El perfume a vainilla y tela limpia que la caracterizaba.

Nada. El armario estaba completamente vacío.

Me giré lentamente. En una esquina de la habitación, apiladas con un orden milimétrico, había media docena de cajas de cartón de mudanza selladas con cinta adhesiva. Me acerqué cojeando a la primera. En el lateral, escrito con rotulador negro y la inconfundible caligrafía pulcra de mi madre, ponía: «Ropa invierno V.». En la caja de abajo, otra etiqueta rezaba: «Ropa Mateo. Para donar».

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me daban por perdido. O por muerto. Habían empaquetado nuestra vida entera en cartón barato.

Me arrodillé con dificultad, rasgué la cinta de mi caja y rebusqué en el interior. Saqué unos pantalones vaqueros oscuros, ropa interior limpia y un jersey grueso con capucha. Me quité el pesado y sucio abrigo victoriano, que apestaba a sangre vieja y sudor, y me vestí con mi propia ropa. Al ponerme el jersey, me subí la capucha. El espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared me devolvió el reflejo de un extraño: un hombre demacrado, con la mirada hundida, los nudillos destrozados y envuelto en sombras.

No había tiempo para lamentarse. El plan de Hendrik era claro. Tenía que conseguir el dato.

Cogí mis propias llaves del recibidor y salí de la casa por la puerta trasera, asegurándome de que ningún vecino de las fincas colindantes me viera. Caminé por el arcén de la carretera comarcal, oculto entre los árboles, hasta llegar a la parada del autobús interurbano. Hacía frío. Mantuve la cabeza gacha, apoyándome en el bastón, ignorando las miradas furtivas de los pocos pasajeros que subieron conmigo hacia el centro del pueblo.

La biblioteca municipal estaba casi vacía a esa hora. Fui directo a los ordenadores de consulta pública del fondo. Mis dedos, torpes y faltos de uñas, teclearon con lentitud en el buscador.

Entré en los registros históricos de la Agencia Estatal de Meteorología. Busqué la fecha exacta. El día que Vera murió. Desplegué las gráficas de presión barométrica de la estación meteorológica más cercana a nuestra urbanización.

La curva del gráfico caía en picado a partir de las diez de la noche, marcando la entrada de la tormenta perfecta.

Pasé el dedo por la pantalla, siguiendo la línea roja. 23:00... 23:30... Me detuve en la hora exacta. Las 23:42. El momento en el que el asesino la persiguió por el pasillo.

Presión atmosférica: 988 hPa.

Anoté el número en mi memoria, grabándolo a fuego. Esa era la variable ausente. Ese era el peso del cielo la noche que perdí mi vida.

Salí de la biblioteca y miré hacia arriba.

El cielo era de un azul insultante, despejado de extremo a extremo sobre las montañas que rodeaban el valle. Ni rastro de nubes. El aire era seco, frío y cortante. Hendrik me había advertido que la montaña exigía paciencia, y ahora lo entendía. Podían pasar días, tal vez semanas, antes de que las condiciones atmosféricas volvieran a gestar una tormenta capaz de despertar a la bestia de piedra.

Tenía que volver a la casa. Era el único lugar seguro donde podía esconderme, configurar el barómetro aneroide robado en 1892 y atrincherarme a esperar el tiempo que hiciera falta.

Deshice el camino a pie, arrastrando mi pierna con una cojera rítmica y dolorosa, usando caminos secundarios para no ser visto. Entré en la propiedad por la parte trasera, forzando la cerradura de la puerta de la cocina con una tarjeta que había encontrado en mis viejos pantalones.

La casa seguía inmersa en su silencio de velatorio. Fui al salón y me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la pared, junto al jarrón de los lirios secos. Saqué la esfera de latón del bolsillo. Ajusté

la pequeña aguja dorada exactamente sobre la marca de 988 milibares.

Todo estaba listo. Solo quedaba esperar.

Cerré los ojos, dejándome vencer por el agotamiento, arrullado por el silencio de la casa envuelta en sábanas.

De repente, un sonido metálico cortó el aire.

Abrí los ojos de golpe. Alguien estaba metiendo una llave en la cerradura de la puerta principal.

El corazón me dio un salto en el pecho. Me puse en pie a trompicones, agarré mi bastón y me pegué contra la pared del pasillo, oculto en el ángulo muerto de la entrada.

El pestillo cedió con un chasquido. La pesada puerta de roble se abrió, dejando entrar la luz gris del exterior.

—Te digo que no hace falta llevarse las cajas grandes hoy, mamá —dijo una voz masculina, familiar y cargada de cansancio. Era David. Mi hermano pequeño.

—No puedo dejarlo más tiempo, David —respondió la voz temblorosa de mi madre. Escuché el sonido de sus zapatos pisando la madera del vestíbulo—. Llevar este luto me está consumiendo. Necesito poner la casa en venta ya. Cada vez que entro aquí, siento que están los dos mirándome.

Me quedé petrificado. El oxígeno pareció evaporarse del pasillo. «Los dos».

—Lo sé, mamá. Lo sé. —David cerró la puerta a sus espaldas, dejando la casa en penumbra—. Yo subo a por las cajas del dormitorio. Tú ve revisando lo que queda en la cocina.

Escuché los pasos de mi madre alejándose por el pasillo y el peso de las botas de mi hermano dirigiéndose hacia la escalera. Yo estaba atrapado en el salón, a escasos tres metros de él. Si me veía, vestido de negro, destrozado y convertido en un espectro, el plan se iría al infierno. Y lo peor de todo: aún faltaban días para la tormenta. No podía huir al túnel.

Apreté el bastón con mis manos mutiladas y contuve mi respiración sibilante, mientras la sombra de mi hermano se proyectaba sobre las sábanas blancas que cubrían los muebles.

CAPÍTULO 14

El fantasma del roble

El eco de los pasos de David resonó en el pasillo, acercándose al salón.

El pánico me inyectó una dosis de adrenalina pura que anuló el dolor de mi pierna. Me deslicé en silencio hacia el fondo del comedor y me escurrí por la puerta entreabierta del pequeño trastero que había bajo el hueco de la escalera. Cerré despacio, justo en el instante en que mi hermano cruzaba el umbral del salón.

Me acurruqué en la oscuridad más absoluta, encajado entre cajas de herramientas polvorientas y botes de pintura seca. Apreté las manos contra mi boca, tragándome el silbido errático de mis pulmones.

A escasos centímetros de mi cara, al otro lado de la fina pared de pladur, escuché a David arrastrar una caja de cartón hasta la entrada. Escuché su respiración pesada. Olí el leve rastro de su colonia. Estaba tan cerca que, si yo tosía, me descubriría. Pero la agonía no había hecho más que empezar.

Aquel trastero minúsculo se convirtió en mi tumba durante los siguientes seis días. El cielo se negaba a llorar; las mañanas amanecían despejadas y frías, una burla cruel de la naturaleza a mi desesperación.

El proceso de desmantelar nuestra existencia era más lento de lo que yo hubiera deseado. David tenía que conducir casi dos horas después de su jornada en la oficina para recoger a mi madre en su pueblo; ella se negaba a pisar la casa si no era de su mano. Los escuchaba recibir a los tasadores de la inmobiliaria, firmar papeles de defunción en la mesa del comedor y discutir en susurros sobre

qué hacer con los muebles que la empresa de mudanzas se llevaría al séptimo día.

Yo permanecía inmóvil al otro lado del pladur, paralizado en la oscuridad, con las rodillas pegadas al pecho y el barómetro de latón apretado contra el corazón. Me convertí en el testigo invisible de mi propio borrado.

La degradación física fue brutal. Por las noches, cuando ellos cerraban la puerta con llave y se marchaban, yo salía de mi escondite como un roedor. Bebía agua del grifo de la cocina a oscuras, desesperado, dejando que me resbalara por la barbilla. Hurgaba en la bolsa de basura buscando las sobras de los sándwiches que David traía para comer. Mi rostro se había hundido, mis ojos estaban rodeados de cercos violáceos y la herida de mi pierna palpitaba con una fiebre sorda que me obligaba a morder la manga de mi sudadera para no gritar.

Me estaba convirtiendo en un espectro en mi propia casa.

Pero el dolor de la carne no fue nada comparado con la tortura de escucharles.

Fue la tarde del quinto día. El cielo se había nublado, pero el barómetro apenas se había movido. Mi madre y David estaban sentados en el suelo del salón, justo al otro lado de mi pared, clasificando álbumes de fotos. Llevaban un rato en silencio, acompañados solo por el sonido de la cinta de embalar.

De repente, escuché el crujido del cartón al arrugarse y un sollozo ahogado.

—No puedo, David. Simplemente no puedo —susurró mi madre. Su voz estaba tan rota, tan vacía de vida, que sentí un nudo de alambre de espino cerrándose en mi garganta.

—Mamá, por favor... deja eso. Lo guardo yo —intentó consolarla mi hermano.

—Cada vez que miro por la maldita ventana de la cocina, lo veo —continuó ella, llorando abiertamente, incapaz de contener el dique de su dolor—. Cierro los ojos por las noches y sigo viéndolo. A mi niño. Colgado de esa rama del roble... Su cara, David. Su cara estaba...

—Mamá, basta. La policía nos dijo que no sufrieron. A Vera se le rompió el cuello al instante en la caída, y Mateo... el psicólogo dijo que la mente de Mateo se quebró al encontrarla. Que el dolor le empujó a hacerlo. No era él.

—¡Vera me dijo que en esa rama quería poner un columpio para mis nietos! —estalló mi madre, con un grito desgarrador que me perforó los tímpanos y el alma—. ¡Íbamos a tener niños corriendo por este salón, David! ¡Y ahora tengo dos urnas de ceniza en mi casa! ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué nos ha hecho esto?

Escuché a mi hermano arrastrarse por el suelo y abrazarla. Escuché el llanto desconsolado de la mujer que me había dado la vida, sollozando sobre el hombro de su hijo menor, destruida por el dolor de un duelo antinatural e incomprensible.

En la oscuridad de mi escondite, me derrumbé.

Las lágrimas me quemaron los ojos, resbalando por mis mejillas sucias y cayendo sobre la esfera de cristal del barómetro. Lloré a mares. Lloré con una intensidad que me sacudió los hombros, un llanto mudo, animal y desesperado. Me mordí el dorso de la mano herida solo con la intención de hacerme sangre para silenciar mis propios sollozos. El dolor de escuchar a mi madre me estaba despellejando vivo.

Yo era el causante de todo eso. Yo había destrozado a mi familia.

Apoyé la cabeza contra la pared, a escasos centímetros de donde ella lloraba. Cerré los ojos y dejé que el dolor me purificara. Que la culpa se transformara en hierro.

«Perdóname, mamá», pensé, apretando los dientes manchados de sangre. «Perdóname por lo que estás sintiendo. Pero te juro que esto es solo una pesadilla. Un error en el tiempo».

Miré la aguja dorada del barómetro en la penumbra. 988 hPa.

Limpié las lágrimas de mi rostro con mi muñeca. La compasión hacia mí mismo desapareció, sustituida por una determinación quirúrgica y absoluta.

Salvaría a Vera. Cazaría al monstruo que la asesinó. Y al salvarla a ella, me salvaría a mí mismo del suicidio en el roble. Cuando la aguja marcara el número exacto y el túnel me escupiera en esa noche, reescribiría la historia. Mi madre nunca lloraría en este salón vacío.

David no tendría que vaciar mi casa en cajas de cartón. Volveríamos a pintar las paredes de blanco. Pondríamos el maldito columpio en la rama del árbol.

Cueste lo que cueste. Tenga que hacer lo que tenga que hacer.

El séptimo día, el milagro ocurrió.

Mi familia ya se había marchado tras pasar la mañana cerrando las últimas cajas. El atardecer cayó sobre el valle con una oscuridad prematura y antinatural. El aire dentro del trastero se volvió repentinamente espeso, pesado, como si alguien estuviera inyectando plomo en la atmósfera.

Mis oídos estallaron con un pitido agudo.

Miré el barómetro de latón en mis manos. La aguja negra estaba descendiendo rápidamente, temblando con cada caída de presión. 1005... 1000... 995...

Un trueno ensordecedor hizo vibrar los cimientos de la casa, haciendo temblar los botes de pintura a mi alrededor. La gran tormenta acababa de chocar contra las montañas.

Salí del trastero empujando la puerta, cojeando. La casa estaba sumida en la penumbra. El viento aullaba en el exterior, azotando los ventanales con ráfagas de agua helada.

Me dirigí hacia la puerta del sótano. Mi corazón latía con una fuerza desbocada. Era el momento. La prueba final. Todo lo que había sufrido, los desgarros musculares, la sordera, el asesinato del boticario, la agonía de Hendrik en 1892, se abalanzaba sobre mí en un instante de horror absoluto.

Encendí la luz de las escaleras del sótano y bajé lentamente, arrastrando mi pierna.

La pared de mampostería estaba rota. El túnel que mi "yo" del pasado había destrozado semanas atrás estaba abierto. De la profunda negrura de la roca viva emanaba el conocido hedor a ozono y un eco eléctrico que me erizó la piel. La montaña estaba respirando, lista para tragar.

Me paré frente al agujero. Me subí la cremallera del abrigo negro y me ajusté el pasamontañas que había sacado de las cajas de mi ropa de invierno. Luego, mi mirada se detuvo en las herramientas desplegadas sobre la mesa de trabajo del sótano.

Mis dedos se cerraron alrededor del mango de madera de un pesado martillo de carpintero. Lo levanté, sopesándolo. El acero frío era la promesa de mi venganza. Con esa herramienta le reventaría el cráneo a aquel desalmado. Lo deslicé por mi cinturón, ajustándolo con firmeza contra mi cadera herida.

Miré el barómetro de latón por última vez a la luz parpadeante de la bombilla. La aguja negra rozaba la marca de los 990. Estaba a punto de alcanzar la aguja dorada que Hendrik me había enseñado a fijar. Faltaban apenas unos milibares. Unos minutos.

Me tiré al suelo, sintiendo el cemento frío bajo mis rodillas heridas, y metí los hombros en la asfixiante negrura de la grieta.

«Voy a por ti, mi amor», susurré en la oscuridad, sintiendo cómo el zumbido de la montaña me devoraba por última vez. «Esta vez te estaré esperando».

CAPÍTULO 15

Encuentro con el monstruo

El viaje final no fue un descenso; fue un entierro en vida.

Me arrastré por la garganta de la montaña con la aguja del barómetro iluminada por destellos esporádicos de electricidad estática. El túnel se contrajo a mi alrededor con una furia inusitada, como si el propio tiempo supiera que estaba a punto de profanar su regla más sagrada. La presión me reventó los capilares de los ojos. El aire era tan espeso que cada bocanada me desgarraba la tráquea, obligándome a tragar mi propia sangre.

Miré la esfera de latón. 985... 987...

Estaba llegando. Avancé impulsándome con los codos y la rodilla izquierda, arrastrando mi pierna derecha destrozada. Pero de repente, mi cabeza chocó contra una superficie sólida, fría y rugosa.

Toqué la pared en la más absoluta oscuridad. No era roca viva. Eran ladrillos. Argamasa seca. El muro victoriano falso. Estaba cerrado desde dentro de mi propio sótano.

El pánico amenazó con paralizarme. La aguja rozó los 988 milibares. Era mi época. Era mi noche. Si la tormenta amainaba un ápice, me quedaría emparedado en el siglo equivocado para siempre.

Saqué el pesado martillo de carpintero de mi cinturón. Apenas tenía espacio para balancear el brazo. Tumbado boca abajo, sin oxígeno, golpeé la mampostería. El impacto sordo me rebotó en el codo, arrancándome un gruñido. Volví a golpear. Y otra vez.

El ladrillo crujió. Una nube de polvo gris, rancio y asfixiante me llenó la boca y los pulmones destrozados. Empecé a toser violentamente, un silbido espantoso y húmedo, mientras seguía

golpeando a ciegas. Mis nudillos chocaron contra los bordes afilados, despellejándose, pero no me detuve hasta que la pared cedió.

Empujé los cascotes con los hombros y salí despedido hacia adelante, cayendo de nuevo sobre el suelo de cemento de mi propio sótano.

Me quedé allí, tosiendo sangre y polvo gris, respirando el aire helado de mi presente. Estaba en casa. Me puse en pie a trompicones, envuelto en el jersey oscuro y el abrigo enorme, cubierto de suciedad. Me ajusté el pasamontañas para que el asesino no viera mi rostro si me atacaba por sorpresa.

Agarré el martillo, dejé el barómetro sobre una caja y subí las escaleras de cemento.

Al abrir la puerta del pasillo, un relámpago iluminó el salón a través de los ventanales. Las luces estaban apagadas. Los plomos habían saltado por la tormenta. Miré el reloj de cuco de la pared.

23:38.

Faltaban apenas un par de minutos.

Un latigazo de culpa, frío y venenoso, me atravesó el pecho. En ese preciso instante, mi "yo" del pasado estaba a cuarenta minutos de allí, sentado en una oficina limpia e iluminada, tecleando cifras en un ordenador, con el móvil silenciado dentro de una mochila. Vera iba a intentar llamarme. Me iba a suplicar ayuda, y yo, engreído y ciego en mi rutina, la ignoraría.

«Maldito idiota», me susurré a mí mismo, llorando de rabia tras la lana sucia del pasamontañas. «Te maldigo».

Apreté el martillo con ambas manos y subí a la segunda planta, dejando un rastro de polvo gris de ladrillo. Me agazapé en el pasillo superior, fundido con las sombras.

Escuché el coche aparcar fuera.

Escuché sus llaves tintinear en la cerradura de la puerta principal. *Click. Click*. El pestillo cedió. No lo habían forzado. Ella misma estaba abriendo la puerta a su final.

La puerta de roble se abrió. El viento y la lluvia se colaron en el vestíbulo.

—¿Mateo? —llamó Vera en la oscuridad. Su voz, dulce y familiar, me apuñaló el corazón. Llevaba seis meses enteros sin escucharla en

directo. Tuve que morderme la lengua para no gritar su nombre y correr a abrazarla.

Se hizo el silencio. Yo esperaba al monstruo. Esperaba ver aparecer al intruso desde la cocina o desde el jardín. Pero abajo solo estaba ella, iluminando débilmente el pasillo con la pantalla de su móvil.

En la tensión de la espera, el polvo de ladrillo que me saturaba los bronquios me jugó una mala pasada. Un espasmo incontrolable me subió por el pecho. Intenté ahogarlo, pero mis cuerdas vocales rasgadas emitieron un silbido sordo, un jadeo húmedo. Al intentar apoyarme contra la barandilla, mi pierna destrozada falló y apoyé el peso en la madera.

Cric.

Abajo, el haz de luz del móvil de Vera se detuvo en seco, apuntando hacia la cima de las escaleras. Su respiración se aceleró.

La vi teclear frenéticamente en la pantalla. Estaba llamando a mi "yo" del pasado. El tono sonó en el altavoz. Uno, dos, tres... y el buzón de voz. La vi sollozar, llevándose la mano libre a la boca. Volvió a teclear. Esta vez, la llamada fue respondida al instante.

—Emergencias, ¿cuál es su urgencia? —sonó la diminuta voz metálica desde el móvil de mi mujer.

Me quedé de piedra en la oscuridad del segundo piso. El martillo empezó a temblarme en las manos.

—Por favor... —susurró Vera, con una voz que reconocía a la perfección—. Por favor, vengan rápido. Hay alguien en mi casa.

—Señora, ¿está usted en un lugar seguro? ¿Han forzado la puerta?

—No lo sé... acabo de llegar y se ha ido la luz. Estoy en el vestíbulo. Hay alguien en el piso de arriba, en el pasillo. Lo he visto desde la escalera.

El mundo pareció detenerse. El aire se volvió de cristal. Miré hacia abajo. Vera estaba apuntando con su teléfono hacia las sombras de la segunda planta. Me estaba mirando a mí.

—¿Ha visto al intruso? —preguntó la operadora.

—He visto una sombra... —sollozó Vera, encogiéndose de terror —. Lleva algo oscuro, tiene la cara tapada. Dios mío.

—Señora, escúcheme con atención. No intente enfrentarse a él. Salga de la casa ahora mismo y espere en su vehículo. Enviamos una patrulla de inmediato.

—Vale... dense prisa, por favor. Creo que se está moviendo.

Mi respiración se cortó. Miré mi abrigo ancho y ensangrentado. Toqué el pasamontañas de lana sobre mi rostro.

—Señora, escúcheme con atención. Salga de la casa ahora mismo...

—Hace un ruido horrible... —continuó Vera, ignorando completamente a la operadora, con el pánico vibrando en sus cuerdas vocales—. Respira de forma extraña, como un silbido, como si se ahogara... Tengo mucho miedo.

El martillo resbaló de mis dedos sin uñas. Cayó sobre la alfombra del pasillo con un ruido sordo.

—¡No! —intenté gritar. Quise decirle: "Amor mío, huye".

Pero mis cuerdas vocales estaban desgarradas. Lo que salió de mi boca fue un rugido gutural, un gruñido ahogado de monstruo que resonó en las paredes de la casa.

Su móvil cayó al suelo. Presa del pánico más ciego, en lugar de correr hacia la puerta, empezó a retroceder lentamente, hipnotizada por el terror hacia la sombra que yo proyectaba arriba. Se estaba acercando al borde del peldaño.

Salí de las sombras, desesperado, levantando las manos manchadas de sangre para pedirle que se detuviera. Mi pierna muerta me hizo tambalearme, cojeando bruscamente hacia la luz.

Vera gritó. Un alarido puro y animal, el sonido de una persona frente a su peor pesadilla.

Dio un paso hacia atrás en la oscuridad. Su talón no encontró madera. Encontró el vacío.

La vi caer a cámara lenta. Sus brazos agitándose en el aire. El golpe contra los barrotes. Y luego, el sonido.

Crac.

El seco, espantoso y definitivo crujido de las vértebras cervicales astillándose al pie de las escaleras.

El silencio que siguió fue absoluto. Solo se oía la tormenta afuera.

Bajé las escaleras arrastrándome, aullando un llanto sin voz. Me arranqué el pasamontañas y me dejé caer de rodillas a su lado. Su cabeza estaba girada en ese ángulo antinatural, biológicamente imposible. Sus ojos me miraban, pero ya estaban velados por la neblina lechosa de la muerte.

Metí mis manos temblorosas bajo su nuca. Sentí de nuevo los huesos rotos rozándose bajo la piel aún caliente, igual que lo sentí la primera vez. Igual que lo sentiría yo mismo dentro de cuarenta minutos.

La onda expansiva de la verdad me golpeó con una violencia atómica, destruyendo los pilares de mi cordura en un solo segundo. El polvo gris. La puerta sin forzar porque yo tenía mis propias llaves. El silbido asqueroso.

Nunca hubo un asesino. Nunca hubo un intruso.

Siempre fui yo.

Yo era el gigante que respiraba mal. Yo era la sombra de la escalera. Y todo el dolor, toda la sangre, los viajes por el túnel y la muerte del boticario en el pasado... lo había hecho para llegar a este momento exacto y aterrorizar a mi propia mujer hasta la muerte.

A lo lejos, escuché el rugido familiar del motor de mi propio coche, saltándose los semáforos, acercándose a toda velocidad desde la ciudad hacia la casa.

Era mi "yo" del pasado. Venía a encontrarla.

Besé la frente sin vida de Vera por última vez, y me levanté. Ya no sentía la pierna. Ya no sentía el pecho. Solo quedaba un inmenso y absoluto vacío.

Me fundí con las sombras del salón y salí por la puerta trasera hacia la tormenta, justo en el momento en que las luces de mi propio coche iluminaban la fachada delantera de la casa. Escuché el portazo. Escuché mis propios gritos desde el interior de la casa al encontrar el cadáver. Escuché mi propio llanto rompiendo el silencio de la noche.

Me alejé bajo la lluvia torrencial, sabiendo que aquel aullido de dolor no era el final de la tragedia, sino el primer aliento del monstruo que volvería a matarla.

EPÍLOGO

El último peaje

Los días siguientes me convertí en un fantasma en mis propios dominios.

Permanecí oculto en la espesura del bosque que rodeaba la finca. Desde la oscuridad de los árboles, observé cómo el Mateo del pasado se hundía en la desesperación.

Le vi empapelar el salón con mapas. Le vi dejar de dormir. Vi cómo la cordura lo abandonaba, devorado por la misma culpa que a mí me había mutilado. Una tarde oscura, mientras contemplaba una tormenta acercándose e incapaz de soportarlo más, me acerqué hasta el cristal del ventanal. Él estaba arrodillado en el suelo, abrazado a un jersey de Vera, sollozando con una desesperación tan pura que me desgarró las entrañas.

Quise golpear el vidrio. Quise gritarle que se detuviera, que quemara los mapas y llorara su pérdida, porque su intento desesperado por salvarla era exactamente la condena que acabaría empujándola por las escaleras.

Comprendí entonces la crueldad absoluta del laberinto en el que estábamos atrapados. Su amor incondicional era el veneno que el tiempo usaría para destrozarle el cuerpo y pudrirle el alma hasta convertirlo en mí. Yo no podía salvarlo; el ciclo era inquebrantable y la arquitectura de nuestra culpa no permitía salidas. Yo ya había cumplido mi trágico papel en esta historia. Solo era un despojo en una línea temporal a la que ya no pertenecía.

Aguardé en las sombras hasta que vi a mi propio yo bajar hasta el sótano. Era el instante en el que iniciaría su viaje.

Caminé lentamente hacia la casa vacía. La tormenta había dado paso a una fría y silenciosa madrugada de otoño.

Fui al garaje. Cogí una gruesa cuerda de cáñamo que solíamos usar para atar la leña. Subí la colina del jardín trasero, arrastrando mi pierna inútil, hasta llegar a la base del viejo roble centenario.

Miré hacia arriba. La rama baja, fuerte y paralela al suelo, se recortaba contra la luz de la luna. «Aguantaría el peso de un camión sin inmutarse», había dicho Vera, sonriendo con pintura blanca en la nariz. Quería colgar un columpio para nuestros hijos.

Até el extremo de la cuerda alrededor de la madera robusta y deslicé el otro extremo, formando un nudo corredizo, alrededor de mi propio cuello.

No lloré. No quedaban lágrimas ni redención para el monstruo que habíamos sido.

Miré por última vez hacia la ventana de nuestra casa, esperando ver su sonrisa, y me dejé caer en el vacío.

FIN